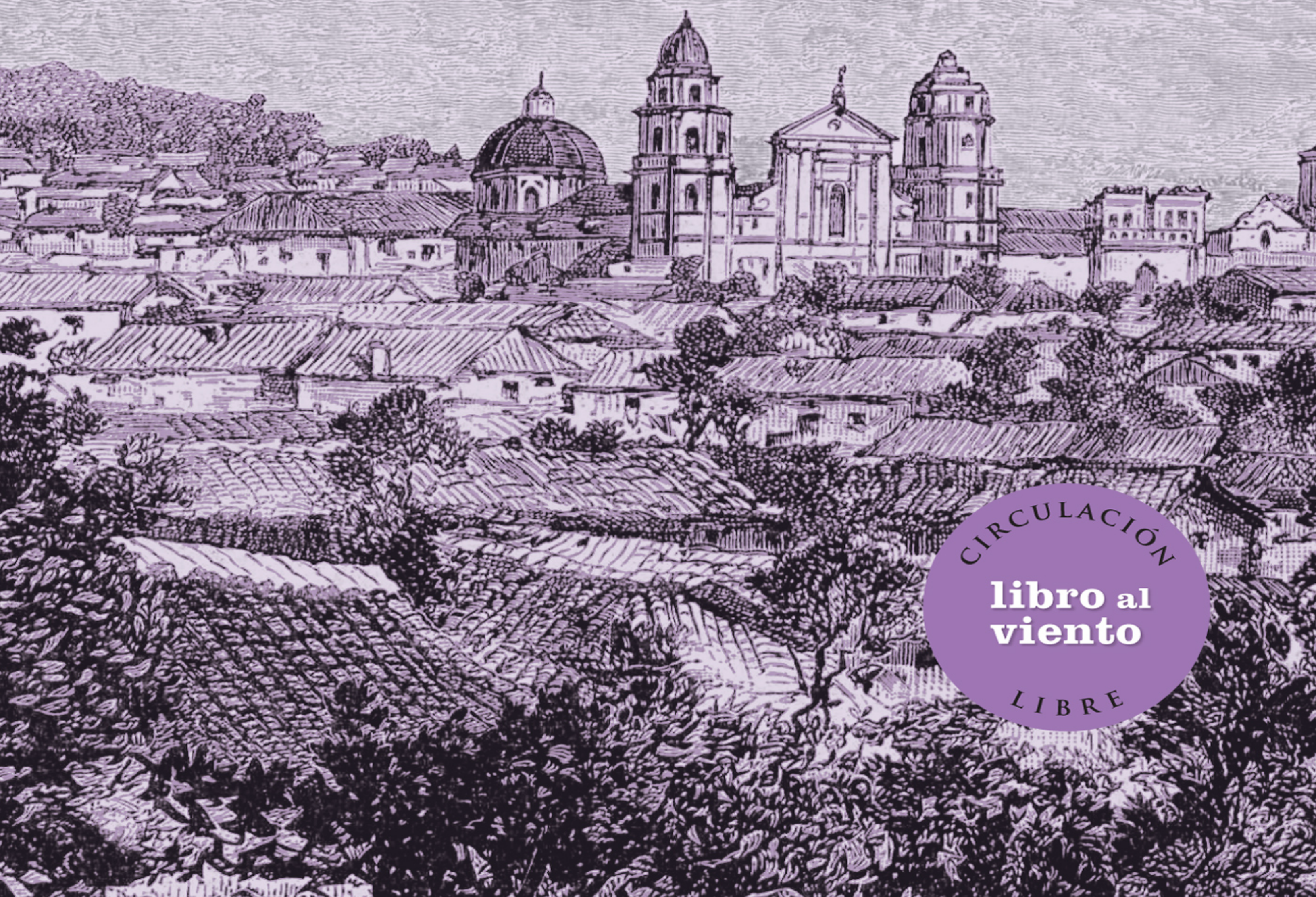
Crónicas de Bogotá

Pedro María Ibáñez



10 AÑOS libro al viento

Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes



Crónicas de Bogotá

Pedro María Ibáñez

Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento, Director de Lectura y Bibliotecas

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Javier Rojas Forero, Mariana Jaramillo Fonseca, Carlos Ramírez Pérez, Equipo del Área de Literatura

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
Adriana Elizabeth González Sanabria, Directora de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, agosto de 2014

Imágenes: Carátula: Vista de Bogotá. Grabado tomado de *La Tierra y el hombre. Descripción pintoresca de nuestro globo y de las diferentes razas que lo pueblan* de Federico de Hellwald. Editado en Barcelona por Montaner y Simón, editores, 1887.

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-58553-0-4 (impreso)
ISBN 978-958-58553-1-1 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

Ibáñez

Hijo de Silvestre Ibáñez Caicedo y Clara Tovar y Gutiérrez, Pedro María Ibáñez nació en la hacienda Tunjuelo, en los límites entre Bogotá y Usme, el 20 de noviembre de 1854, y murió en Bogotá el 21 de octubre de 1919.

Cursó sus primeros estudios en una escuela mixta de Usme y en el colegio del educador Domingo Martínez. Después estudió humanidades en el Colegio de San Bartolomé y luego medicina en la Universidad Nacional. Recibió su título de médico en septiembre de 1876 y se convirtió en uno de los cirujanos más importantes de la ciudad.

Hacia la mitad del siglo XIX llegó al poder un grupo de políticos conocidos como los «liberales radicales», quienes impulsaron un ciclo de reformas fundamentales en lo político, religioso, económico y cultural. Una de las reformas más profundas vino con la Constitución de Rionegro, promulgada en 1863, mediante la cual el país quedó convertido en federación y dividido en nueve Estados soberanos que se llamaron Estados Unidos de Colombia.

Para las elecciones de 1876 los candidatos presidenciales eran el liberal radical Aquileo Parra, el liberal independiente Rafael Núñez y el conservador Bartolomé Calvo. Aquileo Parra recibió el apoyo de los Estados de Santander, Boyacá, Magdalena y Cundinamarca. Rafael Núñez fue apoyado en Bolívar, Cauca y Panamá. La candidatura de Calvo fue respaldada en los estados conservadores de Tolima y Antioquia. Finalmente, de manera muy controvertida, fue elegido Parra.

Los conservadores, huérfanos del poder desde 1863, estaban descontentos con el manejo que los radicales habían dado al sector educativo, la prensa y la Iglesia. Los radicales, por su parte, defendían sus reformas y no estaban dispuestos a ceder en lo que consideraban su aporte al progreso del país. Estas circunstancias generaron dos bandos: los conservadores dirigidos por el Estado de Antioquia y los liberales que tenían a su favor el Ejército Nacional. Pedro María Ibáñez participó en calidad de médico del ejército. Al término de la guerra civil, en la que vencieron los liberales y que duró año y medio, Ibáñez fue nombrado

adjunto en la legación diplomática de Colombia en Francia. En París amplió sus estudios de medicina. También viajó por otros países de Europa. En 1882 fue nombrado presidente de la junta organizadora de los festejos para celebrar el centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar. Posteriormente participó en los actos conmemorativos del nacimiento de Francisco de Paula Santander, en 1892.

Una de sus primeras obras fue *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, la cual le abrió las puertas para entrar en la Academia Nacional de Medicina, donde ocupó el cargo de secretario durante ocho años. Luego Ibáñez se dedicó a una de sus grandes pasiones, el periodismo. Empezó a colaborar en el *Papel Periódico Ilustrado*, donde publicó numerosos artículos científicos e históricos. En esta época fue cuando comenzó a apasionarse por las tradiciones colombianas, interés que cristalizaría más adelante en sus *Crónicas*. Colaboró además en el *Diario de Cundinamarca*, *La Camarilla*, *La Nueva Colombia*, *La Reforma*, *El Movimiento*, *Revista Médica*, *El Artesano*, *El Correo Nacional*, *El Telegrama*, *Los Hechos*, entre otros. En 1883 redactó el periódico *La Abeja*. Entre 1889 y 1890, junto con el periodista Ignacio Borda, publicó el periódico *Las Noticias*.

En diciembre de 1902, junto con Eduardo Posada, propusieron al entonces ministro de Instrucción Pública, José Joaquín Casas, la creación de una Biblioteca de Historia Nacional. Ello motivó al ministro Casas y al presidente de la República, José Manuel Marroquín, para crear la Comisión de Historia y Antigüedades Patrias. Ese mismo año también fundó la Academia Colombiana de Historia, en la cual Ibáñez ocupó el cargo de secretario hasta su muerte. También fue director del *Boletín de Historia y Antigüedades*, publicación que sigue existiendo hasta hoy. Aunque publicó decenas de textos, entre los cuales se destacan la ya mencionada *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, y otras como *Ensayo biográfico de Gonzalo Jiménez de Quesada*, *Las mujeres de la revolución de Colombia*, *Biografía de Córdova*, *Causa y ejecución de Raimundo Russi*, y *Estudio cronológico del señor Adolfo Flórez*, su obra principal es *Crónicas de Bogotá*, publicada en cuatro volúmenes que aparecieron en los años 1913, 1915, 1917 y, póstumamente, en 1923. En ellas se pasa revista a la historia santafereña y bogotana desde los chibchas hasta los primeros albores del siglo XX. Hay relatos de sucesos, curiosidades, historia urbana, acontecimientos políticos, guerras, personajes poderosos y otros más

anónimos, todo relatado con una prosa sobria aunque no carente de ironía y humor, ajena a los vericuetos retóricos y las disertaciones inútiles, siempre apoyada en documentos históricos que se transcriben en buena parte para apuntalar la verdad de lo que se cuenta. Las *Crónicas* de Ibáñez son un documento imprescindible para historiadores, pero también un ameno recuento para lectores desprevenidos.

Sobre la presente edición

Esta antología de las *Crónicas* de don Pedro María Ibáñez tiene como fuente la edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, publicada en 1952. Dado que se trata de una pequeña muestra de las 2.000 páginas que abarca esta obra, me pareció más interesante organizar los fragmentos de forma temática. Así se logra cierta unidad y se muestran algunos temas recurrentes en la vasta y variada obra de Ibáñez.

Se incluyen los pies de página del autor, que aportan ciertas informaciones complementarias y hacen precisiones sobre algunos temas. Así mismo, se respetó la forma en que Ibáñez cita sus fuentes. Se reemplazaron los «lib. cit.» por la cita concreta cuando la referencia estaba en alguna parte de las *Crónicas* que no fue seleccionada para esta antología de *Libro al Viento*. De igual manera, las alusiones dentro del texto a otras partes de las crónicas se suprimieron o se precisaron lugares y fechas entre corchetes, para hacer más clara la lectura y evitar confusiones.

Agradezco la colaboración de Mariana Jaramillo y Carlos Ramírez para el presente *Libro al Viento*. Cualquier defecto o reproche que pueda hacérsele, empero, es culpa mía.

Antonio García Ángel

Bibliografía

López Ocampo, Javier, *Ficha bibliográfica. Pedro María Ibáñez*. Biblioteca Virtual. Biblioteca Luis Ángel Arango, s.f. Disponible en: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/ibanpedr.htm

S.A. *Pedro María Ibáñez*, En Ibáñez, Pedro María, *Memorias para la historia de la medicina en Santafé de Bogotá*, Fundación Editorial Epígrafe, Bogotá, 2006.

Crónicas de Bogotá

Pedro María Ibáñez



Crímenes

El crimen de Juan de los Ríos

Cortés de Mesa[1] llegó a Cartagena a principios del año de 1576, y allí contrajo matrimonio con doña Ana de Heredia. Acompañábalo en el viaje Juan de los Ríos, a quien ofreció protección si contraía matrimonio con una hermana natural de Ana, lo que aceptó Ríos. Llegados a la capital, el Oidor llevó a vivir a su propia casa a los novios protegidos, y en septiembre del año dicho tomó posesión del cargo de Oidor. No habiendo cumplido el doctor Mesa lo ofrecido, se disgustó Ríos y separó casa, acompañándolo su esposa, y herido con el Oidor, logró promoverle causa, por la cual lo aprisionó la Audiencia en el Cabildo, y allí permaneció hasta la llegada del Visitador, Licenciado Juan Bautista Monzón, quien le dio su casa por cárcel mientras estudiaba el expediente.

El Visitador suspendió al Oidor Mora, amigo del Presidente Armendáriz, lo que dio nacimiento a tres bandos: *lopistas*, que defendían los procederes de don Lope, Presidente; *moristas*, que apoyaban al Oidor suspenso, y *monzonistas*, que aprobaban lo hecho por el Visitador. Llegó el tiempo de tomar la residencia a los Oidores, acto que verificó en las casas del Cabildo situadas en la acera occidental de la plaza mayor, en el mismo sitio ocupado hoy por el Palacio municipal.

El Visitador tenía un Secretario, Lorenzo de Mármol, y éste un sobrino que le ayudaba en su trabajo, llamado Andrés de Escobedo, quien con motivo de la causa tuvo entrada en casa del Oidor Mesa y se enamoró de doña Ana de Heredia, llegando hasta declararle su pasión. Doña Ana participó al Oidor lo acaecido, y éste, olvidando los deberes que imponía la dignidad y lo sagrado del hogar, indicó a doña Ana que recibiera al mozo, y con esperanzas y cariño lo obligara a sustraer el proceso que contra él se levantaba; trató de hacerlo Escobedo, pero salió mal en su empresa, porque el Secretario, su tío, comprendiendo lo que sucedía, puso en seguridad el expediente.

Sucedió pues que un día, estándose paseando el Escobedo y el doctor en el zaguán, juntos a la puerta de la calle, pasó por ella el Juan de los Ríos. Viole por las espaldas el doctor, y por enterarse bien, se asomó a la puerta, y volvió diciendo: «¡Ah, traidor! Aquí va aqueste traidor, que él me tiene puesto en este estado». Asomóse el Escobedo y viólo, y dijo: «A un pobrecillo como ese quitalle la vida».

Respondió el doctor: «No tengo yo un amigo de quien fiarme, que ya lo hubiera hecho». Respondió el Escobedo: «Pues aquí estoy yo, señor doctor, que yo os ayudaré a la satisfacción de vuestra honra». Este fue el principio por donde se trazó la muerte al Juan de los Ríos: otras veces lo consultaron, como consta en sus confesiones. Finalmente, el demonio, cuando quiere romper sus zapatos, lo sabe muy bien hacer. El Juan de los Ríos era jugador y gastaba los días y las noches por las tablas de los juegos. Pues sucedió que estando jugando en una de ellas, un día entró el Andrés de Escobedo y púsose junto al Ríos, a verle jugar, el cual perdió el dinero que tenía; y queriéndose levantar, le dijo el Andrés de Escobedo: «No se levante vuesamerced, juegue este pedazo de oro por ambos». Echóle en la mesa un pedazo de barra, de más de ochenta pesos, con el cual el Ríos volvió al juego, tuvo desquite de lo que había perdido, hizo buena ganancia, que partieron entre los dos; y de aquí trabaron muy grande amistad, de tal manera, que andaban juntos y muchas veces comían juntos, y jugaba el uno por el otro. Duró esta amistad más de seis meses, y al cabo de ellos el doctor Mesa y el Escobedo trataron el modo como le habían de matar y a dónde. El concierto fue que el doctor Mesa aguardase a la vuelta de la cerca del convento de San Francisco, donde se hacía un pozo hondo en aquellos tiempos, que hoy cae dentro de la cerca de dicho convento[2], y que el Andrés de Escobedo llevase allí al Juan de los Ríos, donde le matarían. Asentado esto, una noche oscura, el doctor Mesa tomó una aguja enastada y fuese al puesto, y el Escobedo fue en busca del Juan de los Ríos. Hallóle en su casa cenando, llamóle, díjole que entrase y cenarían. Respondióle que ya había cenado, y que lo había menester para un negocio. Salió el Ríos y díjole: «¿Qué habéis menester?». Respondióle el Escobedo: «Unas mujeres me han convidado esta noche y no me atrevo a ir solo.» Díjole el Ríos: «Pues yo iré con vos.» Entró en su aposento, tomó su espada y capa, y fuéronse juntos hacia San Francisco. Llegando al puente comenzó el Escobedo a cojear de un pie. Díjole el Ríos: «¿Qué tenéis, que vais cojeando?». Respondióle: «Llevo una piedrezuela metida en una bota y vame matando». «Pues descalzaos», dijo el Ríos. «Ahí adelante lo haré». Pasaron el puente, tomaron la calle abajo hacia donde le esperaban. Llegando cerca de la esquina dijo: «Ya no puedo sufrir esta bota, quiérome descalzar». Asentóse y comenzó a tirar de la bota. Díjole el Ríos: «Dad acá, que yo os descalzaré». Puso la espada en el suelo y comenzó a tirar de la bota. El Escobedo sacó un pañuelo de la faltriquera, dijo: «Sudando vengo», en alta voz, limpióse el rostro y echó el pañuelo sobre el sombrero, señal ya platicada. Salió el doctor Mesa, y con la aguja que había llevado, atravesó al Juan de los Ríos, cosiéndolo con el suelo. Levantóse el Escobedo y diole otras tres o cuatro estocadas, con que le acabaron de matar; y antes que muriese, a un grito que dio el los Ríos a los primeros golpes, le acudió el doctor Mesa a la boca a quitarle la lengua, y el herido le atravesó un dedo con los dientes. Muerto como tengo dicho, le sacaron el corazón, le cortaron las narices y orejas y los miembros genitales, y todo esto echaron en un pañuelo; desviaron el cuerpo de la calle hacia el río, metiéronlo entre las yerbas, y fuéronse a casa del doctor Mesa. El Escobedo le hizo presente a la señora doña Ana de Heredia de lo que llevaba en el pañuelo, la cual hizo grandes extremos, afeando el mal hecho. Metióse en su aposento, y cerró la puerta, dejándolos en la sala. Ellos acordaron de ir a quitar el cuerpo de donde lo habían dejado, diciendo que sería mejor echarlo en aquel pozo, que con las lluvias de aquellos días estaba muy hondo; y para echalle pesgas pidió el doctor a una negra de su servicio una botija y un cordel. Trajo la botija; no hallaba el cordel; su amo le daba prisa. Tenía en el patio una de cáñamo en que tendía la ropa; quitólo y dióselo. Llamó el doctor a don Luis de Mesa, su hermano, y diole la botija y el cordel que los llevase, y fuéronse todos tres donde estaba el cuerpo. Hincheron la botija de agua, atáronsela al pescuezo, y una piedra que trajeron

> del río a los pies, y echáronlo al pozo. Las demás cosas que llevaron en el pañuelo lleváronlas y por debajo de la ermita de Nuestra Señora de Las Nieves, en aquellos pantanos las enterraron. Amanecía ya el día; el doctor se fue a su casa y el Andrés de Escobedo a casa del Visitador[3].

Pasados ocho días, una mujer sacaba barro del hoyo y encontró los pies del muerto; asustada dio aviso de lo ocurrido en el inmediato convento de San Francisco, y luego a la justicia, la cual procedió con actividad; sacaron el cadáver, y a voz de pregón se ordenó que fuesen a reconocerlo. Un comerciante llamado Victoria dijo que el cadáver era el de Ríos; la esposa de éste declaró que hacía ocho días había salido, de noche, con Escobedo, y que desde entonces no lo veía; llevada ante el cadáver, levantóle un brazo, fijóse en un lunar que allí tenía, y sin vacilar dijo: «Este es Juan de los Ríos, mi marido, y el doctor Mesa lo ha muerto». Ordenóse en la Audiencia la prisión de Mesa, y al efectuarla dijo al Secretario Juan de Albis: «Dadme por fe y testimonio que este dedo no me lo mordió el muerto, sino que saliendo de este aposento me lo cogió esta puerta». Preso Mesa y los habitantes de su casa, y depositada doña Ana de Heredia, ésta contó el hecho sin reservas, y esa tarde rindió confesión el Oidor declarándose culpable y comprometiendo a Escobedo. Aprehendido éste, sin querer escapar, también declaró lo sucedido. Terminado el proceso, fue sentenciado el Oidor Mesa a ser degollado, y Escobedo a ser arrastrado a cola de caballo y ahorcado en el lugar en que cometieron el delito.

Asesinato

El día 28 de marzo se perpetró un asesinato en Bogotá, que conmovió la sociedad en masa. Vivía el Cura párroco de Machetá, doctor Francisco Tomás Barreto, eclesiástico respetable, de cincuenta y cinco años de edad, en una casa de la antigua y medrosa calle del Arco (hoy calle 16, número 146) y gozaba de reputación de hombre acaudalado.

Uniéronse José Manuel Almeida, natural de Cúcuta; Pioquinto Camacho, nacido en Honda; Manuel Vega, zapatero natural de Caracas, en quien predominaba la sangre africana; el negro Pedro José Amaranto, esclavo de Almeida, nacido en Tena, y Dolores Pinto, mujer del citado Vega, natural de Tunja, quien desempeñaba oficios domésticos en casa del presbítero, y convinieron en darle muerte con el objeto de robarle. A las nueve de la

noche del día citado penetraron en la casa de habitación del doctor Barreto, y con crueldad atroz lo asesinaron, infiriéndole cinco heridas mortales e innumerables contusiones. Aprehendidos, fueron condenados a muerte en pocos días, y previa la ceremonia religiosa, que presidió el Ilustrísimo señor Caicedo, de absolverlos de la excomunión en que habían incurrido, fueron pasados por las armas, en la plaza mayor, el 27 de junio, Almeida, Camacho, Vega y Amaranto, «después de ser arrastrados en esteras a la cola de un caballo, pregonado su delito y sentencia en las cuatro esquinas, y luego conducidos a los banquillos, que estaban debajo de las horcas, y en ellas colgados los puñales del asesinato. Fueron fusilados y después colgados de las horcas por tres horas, y descuartizados los principales autores Almeida y Camacho. Las manos de éstos se pusieron frente a la casa de Barreto en escarpias y con sus inscripciones. La cabeza del primero está en San Victorino y la del segundo en San Diego, en el camino real. (El mismo día fue fusilado otro por ladrón)»[4].

Crimen pasional

Un hecho ocurrido el 24 de julio de 1872 despertó la pública curiosidad y tuvo por algún tiempo en expectativa a la sociedad. Vivían en la cuadra 4ª de la carrera 11, con sus familias, el joven médico Luis Umaña Jimeno y el presbítero Juan Francisco Vargas, protagonistas en aquel día de un tremendo drama. Habitaban en una casa el señor Umaña, natural de esta ciudad; su esposa legítima, doña Adelina González, su suegra, doña Mercedes Rodríguez, dos hijos de Umaña, su prima hermana Angelina Jimeno, y la sirvienta Guillerma Rodríguez. En la otra casa vivía el presbítero Vargas, natural de Charalá, de cincuenta y tres años de edad, de carácter completamente jovial. El presbítero Vargas había ocurrido varias veces adonde Umaña en solicitud de sus conocimientos científicos, que le fueron prestados con solicitud y acierto. Por tal motivo nacieron y se conservaron relaciones entre aquellos dos individuos que ejercían el sacerdocio del cuerpo y el sacerdocio del alma, predestinados a ser actores de sangriento y ruidoso drama. Gravemente enferma la suegra, de Umaña, se presentó en casa de éste el presbítero Vargas ofreciendo sus servicios de amigo y de sacerdote, cumpliendo con deberes impuestos por la sociedad, la

gratitud y la religión. «Recibido en la familia con cordialidad, desde aquel día se presentaba frecuentemente a visitarla, dedicándose con especialidad, según se veía, al cuidado y consuelo de la enferma, a cuya cabecera en ocasiones la distraía con la música y el canto; artes que, como aficionado desde su juventud, medianamente cultivaba». Estrechadas las relaciones del presbítero con la familia de Umaña, éste dio entrada a la duda en su alma. Umaña llegó una noche del mes de junio a su casa, y supo con sorpresa que su esposa y su prima se hallaban en casa del presbítero Vargas, en compañía de otras personas; después de conducirlas a su casa, les prohibió que salieran sin su consentimiento, en lo que convinieron las señoras. En la noche del 20 de julio oyó Umaña una conversación de sus sirvientes, por la cual comprendió que su señora le había desobedecido, y que aún visitaba la casa de Vargas. La duda nació de nuevo en su alma; recriminaciones y amargas discusiones tuvieron lugar entre los esposos; lentas escenas, en que el marido ofendido busca la verdad, se suceden con los habitantes de la casa; en ellas sabe Umaña que en su ausencia las señoras recibían a solas al presbítero Vargas; que éste había conversado con su esposa, de noche, en las ventanas de la casa, y que su prima había sido acariciada por el presbítero. Sabe luego que su señora guarda el retrato y algunas cartas que Vargas le había dirigido, y se le dice que éste se había tomado libertades con ella. Escenas indescriptiblemente amargas se suceden entre los esposos después de aquellas revelaciones; dueño Umaña del retrato y las cartas, los enseña a la señora, quien da explicaciones que no satisfacen al jefe del hogar. Al siguiente día, después de una noche de combate y de insomnio, aguijoneado por el espectro de los celos, presenta Umaña al presbítero Vargas el retrato y las cartas, que éste reconoce como suyas, aseverando al mismo tiempo que no habían pasado de allí las cosas, y que Umaña no tenía porqué abrigar dudas sobre la honorabilidad de su hogar. Umaña, resuelto a separarse de su esposa, prepara viaje para ausentarse de Bogotá con sus hijos. En la mañana del 24 de julio se presenta Umaña en su casa con el fin de sacar a sus hijos y lo que había preparado para su viaje, y entonces su esposa, conociendo la inmensa desgracia del abandono, hizo supremo esfuerzo por convencer a Umaña de que era inocente. Nueva reyerta surge de aquella conferencia: interpelada la criada, dice que ha visto sola a la señora con el presbítero; aseveración que la esposa desmiente enérgicamente. Umaña, en el colmo de la exaltación, escribe un billete, en el cual llama al presbítero a su casa con el fin de tener una conferencia, que

debían presenciar el doctor Emilio Macías Escobar y la madre de Umaña. Vargas recibe la carta, consulta su situación con el doctor Ignacio Gutiérrez Vergara, distinguido abogado y hombre de limpia conciencia, y por consejo de éste y del Ilustrísimo señor Arzobispo, don Vicente Arbeláez, le contesta a Umaña diciéndole que a las cinco de la tarde de aquel día se presentaría en su casa acompañado de un sacerdote. A las cinco en punto de la tarde llegaron a casa de Umaña el doctor Vargas y su compañero, el doctor Joaquín Pardo Vergara (hoy Obispo electo de Pasto), sacerdote respetable por su saber, su virtud y su honorable familia. La señora de Umaña, por estar enferma, se hallaba en la cama, en reducida alcoba contigua al salón de la casa. A la alcoba entraron Umaña, Vargas y Pardo, después de haber explicado éste su presencia en aquella conferencia íntima. El doctor Emilio M. Escobar no había llegado. Allí dijo la señora de Umaña, interrogada por éste, que el presbítero Vargas había tenido indebidas libertades con ella. Umaña suplicó al doctor Pardo que saliera de la pieza, lo que hizo éste en efecto. Llamado segunda vez, al decir Umaña: «Todo está averiguado», oyó preguntar al doctor Vargas si era cierto que había estado largo rato a solas con la señorita Angelina, acusación a que contestó el doctor Vargas: «Eso no es cierto».

> Entonces se arrojó Umaña sobre Vargas golpeándolo: yo creí que fuesen bofetadas —dice el doctor Pardo Vergara—; me arrojé inmediatamente, me interpuse entre Umaña y Vargas, y oí que Umaña me dijo estas palabras: «y si usted se mete a defenderlo, a usted también lo mato»; y en el instante sentí la herida que recibí sobre el hombro. Siguió la lucha, en la cual Umaña hería a Vargas, sin duda por sobre mi cabeza, porque creo que yo no me separé; pero favoreciendo a Umaña para herir a Vargas mi pequeña estatura. En uno de los momentos en que yo logré contener con más fuerza a Umaña, cayó Vargas quedando su cabeza muy cerca de los pies de Umaña, y aprovechándose de esta circunstancia para pisotear a Vargas en la cara y en la cabeza.

Pardo Vergara, sin atender a su herida, absuelve a Vargas, mientras que Umaña entra a la alcoba, donde le dice su esposa: «¡A mí no!». «A usted no —le contesta—, a usted el remordimiento». Umaña pide perdón al doctor Pardo de la herida que le infirió involuntariamente; Pardo le concede perdón con nobleza imponderable. Entonces Umaña toma su sombrero, y sin atender a que él mismo se había herido, se dirige a la casa consistorial a presentarse a la autoridad, a la cual cuenta lo ocurrido. En la solitaria calle cundió pronto el alarma al ver salir desfallecido al doctor Pardo. Numerosa muchedumbre llegó a las puertas de la casa, y la noticia corrió de boca en boca hasta las más apartadas calles de la ciudad. El cadáver del doctor Vargas fue trasladado al Hospital de San Juan de Dios, donde se practicó la

autopsia. El Jurado que juzgó a Umaña, compuesto de cinco ciudadanos respetables, declaró que se había cometido el delito de homicidio, que Umaña era responsable en *tercer grado* y autor principal, y lo condenó a sufrir algunos meses de prisión[5].

La mano de Sagrario

[...] El 21 de diciembre de 1876 fue hallado en el extremo occidental de la calle 17, hasta entonces arrabal despoblado, un saco, sumergido a medias en un albañal, que dejaba ver una pálida y pequeña mano. Dado el denuncio a la autoridad, fue trasladado al Hospital, para ser exhibido, el cadáver de una joven, en la primavera de la vida, muerta por estrangulación. Numeroso concurso asistió a la lúgubre cita, y varias mujeres del pueblo, con acento de convicción y de sorpresa, declararon que el cadáver era el de una joven del pueblo llamada Sagrario Morales, quien había tenido relaciones amorosas con un individuo, también hijo del pueblo, llamado Crisóstomo Gómez, casado con Bibiana Cetina, enemiga implacable de Sagrario Morales. Reducidas a prisión todas las personas sospechosas, fueron conducidas a reconocer el cadáver. Bibiana Cetina reconoció a Sagrario Morales y dijo que ignoraba quiénes eran los autores de su muerte; Fidela Cetina, hermana de Bibiana, reconoció también el cadáver, y sin vacilación declaró que los autores de la muerte de Sagrario eran Crisóstomo Gómez, Mercedes Ramírez y una mujer llamada Liboria; Crisóstomo Gómez, pálido y cubierto de sudor, dijo también que el cadáver era el de Sagrario Morales; Mercedes Ramírez, joven de veintidós años, declaró que conoció a Sagrario; que Crisóstomo Gómez y su esposa, Liboria Cañón, Fidela Cetina y ella misma (Mercedes) dieron muerte a Sagrario; Liboria Cañón también relató el crimen, pero no con la veracidad que lo hizo Mercedes Ramírez, sino con la hipocresía adquirida en sesenta y dos años de vida miserable y corrompida.

Crisóstomo Gómez, nacido en San Gil, contrajo matrimonio con Bibiana Cetina en 1874. Gómez, que tenía la profesión de sirviente, tuvo relaciones amorosas con Sagrario Morales, natural del Valle de Tensa, en una casa que servían los dos; relaciones que le fueron reveladas a Bibiana Cetina por una costurera amiga de ésta. Bibiana, enloquecida por los celos, quiso

envenenar a su marido en una fiesta de familia, en junio de 1875. Acometido de graves accidentes, en la misma casa en que servían él y Sagrario, ésta lo cuidó con esmerada solicitud, como una madre o una hermana, mientras Bibiana Cetina, llamada a presenciar la agonía de Gómez, no dio señales de sentimiento. Gómez, convaleciente, rompe en absoluto con su esposa, y alcanza que Sagrario siga su suerte, haciendo con él vida marital por algunos meses, durante los cuales Sagrario Morales, mediante rujo trabajo, llenó las necesidades de aquel ilegal hogar. Gómez visitaba a Bibiana durante aquel tiempo, con pretexto de ver a su hijo de pocos meses: pronto abandonó a Sagrario y volvió a los brazos de su esposa. El 8 de diciembre se encuentran Bibiana Cetina, Mercedes Ramírez y Sagrario Morales; una lucha tiene lugar entre las dos primeras y Sagrario, quien lleva la peor parte, aunque logra dejar algunas señales en las manos de Bibiana. Esta y Mercedes se encuentran con Gómez; allí, fríamente, convienen en dar muerte a Sagrario, buscando mercenaria mano que ejecute el crimen. Con sin igual cinismo buscan Bibiana y Mercedes una cómplice; al fin encuentran a Liboria Cañón, conocida de Bibiana desde que ésta era niña. La Cañón se comprometió por «ocho pesos y algo de la ropita de la difunta», a faltar a todas las leyes de la moral y de la justicia; verdad inverosímil. Sagrario Morales recibe entonces un billete de Gómez, redactado por Mercedes Ramírez, en el cual le participa que para siempre se ha separado de Bibiana, y la llama a vivir de nuevo en su compañía, «en la misma habitación que ésta ha dejado». Liboria Cañón instaba por la pronta ejecución del crimen en aquel círculo de miserables. Bibiana dice entonces que es mejor flagelar a Sagrario, que el crimen la horroriza; pero Gómez, inexorable, no conviene sino en dar muerte a Sagrario; sin duda temía que ésta revelara que unos ramos que le había obsequiado habían sido robados. Sagrario conferencia con Gómez, le reprocha su ingratitud, le manifiesta temores de nuevos azares y de nuevo abandono; Gómez la acaricia, le hace ofrecimientos y le promete venturoso porvenir; Sagrario accede al fin, y Gómez, mofándose de la candidez y del cariño de la que acaba de perdonarlo, da aviso a sus cómplices de lo que ha ocurrido. Bibiana recoge algunos objetos en su habitación, que pudieran ser sospechosos a Sagrario, y parte a casa de su hermana Fidela. El 18 de diciembre llega Sagrario a los brazos de Gómez y duerme desde esa noche en el mismo lecho de la esposa de su verdugo. Bibiana y Fidela obtuvieron las llaves de una miserable casa que estaba desocupada (hoy número 75 de la calle 17), cercana a su

habitación, y entonces última de la ciudad; buscan a Mercedes Ramírez, y las tres avisan lo sucedido a Gómez y a la Cañón, y todos se reúnen, a las siete de la noche, en casa de Fidela, donde convienen en que Gómez llevará a Sagrario a la casa desocupada, a las nueve de esa noche (el 20 de diciembre). Gómez invita a Sagrario a ver la casa, la que habitarán en caso de que le agrade; ésta acepta el convite, y provista de una bujía que ha de alumbrar su muerte, vestida con su mejor traje por ruegos de Gómez, asida del brazo de éste, llega a la humilde casa. Entretanto las Cetinas, disfrazadas, y la Cañón, compran cuerdas y sacos de fique, y unidas con Mercedes Ramírez, esperan cerca de la puerta de la casa el momento convenido para entrar. La Cañón penetra la primera, fingiéndose propietaria de la habitación; Gómez invita a Sagrario a que visiten el solar segunda vez; ésta lo sigue y tras ellos camina la Cañon; Gómez tose, seña convenida con las que esperaban en la calle, se coloca tras Sagrario, la derriba, se sienta sobre el pecho de la víctima, la Cañón cabalga sobre el vientre, Mercedes Ramírez sujeta las manos de la Morales, Fidela contempla aquella lúgubre escena, y Bibiana guarda la puerta de la calle, que había quedado abierta. La víctima no hizo resistencia: ¿qué es esto, Crisóstomo? ¿qué es esto? fue la única queja que salió de sus labios, a la cual Crisóstomo contestó: «déjenla», mientras ceñía el cuello de Sagrario con toda la fuerza de su traidora mano. El cuerpo fue trasladado al patio de la casa, donde un sollozo de la víctima hizo saber a los asesinos que su tarea no estaba terminada. Entonces Gómez pide una cuerda, ciñe con doble vuelta el cuello de Sagrario, tira de un extremo de la cuerda mientras Mercedes Ramírez lo hace del otro, entretanto que la Cañón descarga golpes tan violentos sobre el vientre de la víctima, que allí terminó su corta existencia. La Cañón, con ferocidad sin ejemplo, levantó el cadáver de los cabellos y le dio dos bofetadas en el rostro, exclamando: «¡Para que no te vuelvas a meter en otra!». Desnudaron el cadáver casi por entero, y entre Gómez y la Cañón lo doblaron y metieron en el saco que tenían preparado, y en el instante de cerrarlo exclamó Gómez esta sarcástica despedida: «¡Adiós, mi hija!», la que dio lugar a recriminaciones de Bibiana, aún presa de insensatos celos. Gómez se descalzó, colocó sobre sus espaldas el cadáver, y seguido de sus compañeras, lo llevó hasta orillas del inmediato foso, donde lo sumergieron hasta donde les fue posible la Cañón y Mercedes Ramírez. Después de tan terribles escenas Gómez obsequió con licor a sus compañeras, y luego Mercedes, Fidela, Bibiana y su esposo se dirigieron a la habitación de los

últimos, donde abrieron los baúles de Sagrario con gran curiosidad. ¡Pronto dormían tranquilamente, ocupando el lecho de Sagrario, Gómez y su esposa!

Notas

[1] *El Carnero* llama a Cortés de Mesa *Andrés*; Ocariz, en *Genealogías*, lo llama Luis; los historiadores lo han llamado Andrés o Luis, siguiendo las dos crónicas: nosotros aceptamos el primer nombre por ser, sin duda, el más popular, y por poseer un ejemplar de las *Genealogías*, donde corrigió con pluma probablemente el autor, el nombre de *Luis*. Además, en la causa figura don Luis de Mesa, hermano de don Andrés, y es improbable que los dos tuvieran el mismo nombre.

[2] Hoy carrera 8ª o Calle Nueva de Florián.

[3] Rodríguez Freyle, *El Carnero*, capítulo XII.

[4] Relación del Cura de Engativá, don Fernando Benjumea y Mora, publicada en las *Visitas del Prefecto General de la Policía*. El expediente de esta célebre causa se conserva en el archivo del Departamento.

[5] Noticias tomadas del folleto *Proceso del señor Luis Umaña Jimeno*, por Hermógenes Saravia.

SUCESOS CURIOSOS

EL TIEMPO DEL RUIDO

LLEGÓ A SANTAFÉ con el título de Presidente, obtenido por influencia del Marqués de los Velez, don Gil de Cabrera y Dávalos, Caballero de Santiago. Se encargó del mando en 1686. Este gobernante se distinguió solamente por su ineptitud e indolencia en el largo período de diez y siete años que rigió los destinos del Reino, tiempo en el cual, dice Vergara y Vergara, «durmió la Colonia un sueño sepulcral».

Sólo un ruido memorable se dejó oír en medio de tanto silencio: el 9 de marzo de 1687, a las diez de la noche, con un ruido extraordinario despertaron los habitantes de Santafé, quienes dormían tranquilos hacía ya largo tiempo, pues las ocupaciones nocturnas consistían en rezar el rosario y cenar en familia; terminaban temprano, y el toque *de queda* les cerraba las puertas de la calle.

No fue —dice el jesuíta José Cassani— de tan corta eficacia ni fortaleza que no interrumpiese ni cortase la fuerza y pesadez del primer sueño a los que por trabajadores estaban ya entregados al descanso; de suerte que es la mayor ponderación la verdadera seguridad de que no hubo persona a quien no espantase y que no lo oyese. Al primer golpe dudaron todos; al segundo, temieron; al tercero, se aterraron, y con la perseverancia salieron de sí, y aun de sus casas y aun de la ciudad. No es fácil referir la confusión y la turbación de aquella noche: sólo aquella prosopopeya con que nos representaban los predicadores el día del juicio, puede prestarnos alguna explicación a lo que físicamente sucedió la noche del espanto. La gente toda fuera de sus casas, por el terror de que se venían abajo: unos medio vestidos, como estaban en sus posadas; otros enteramente desnudos, porque estaban ya acostados, y todos gimiendo y clamando misericordia, discurrían sin tino por las calles; nadie sabía a dónde iba, porque nadie sabía dónde estaba; todos clamaban al cielo, porque veían que les faltaba la tierra: fue

preciso abrir las iglesias, donde se refugiaba, como a sagrado, el temor, huyendo de la Divina Justicia[6].

Otro jesuíta, Juan Ribero, al relatar este ruidoso suceso dice lo siguiente:

> Habiendo estado así el principio del día, como también la tarde, con serenidad y quietud, se comenzó a oír generalmente en toda ella (la ciudad) y en muchas leguas de su contorno, un tan estupendo y terrible ruido que cuantos le oyeron asombrados y atónitos, no se acuerdan de haber oído cosa igual, ni esperan oírla si no es en otro caso semejante al que pasó entonces; duró este ruido el espacio de un cuarto de hora, y en este breve tiempo indecible el gentío que ocupó las calles con la novedad; pues aunque había pocos en pie y despiertos en aquella hora, por estar muchos entregados al sueño, y los más, recogidos en sus camas, el sobresalto y confusión ruidosa, despertando a unos y desacomodando a otros, los hacían dejar el sueño y recogimiento y salir despavoridos y asombrados, ya a medio vestir, ya desnudos, como permitía a cada uno la turbación, y daba prisa el deseo natural de huir de la muerte, cuyo temor a todos había ocupado.
>
> Pero aunque salían huyendo, no sabían a dónde iban, pues dejando sus casas donde a cada uno le parecía ser el ruido que se escuchaba, en saliendo fuera de ellas le percibían mayor, y hallaban mayor confusión; y así, faltos de consejo y como fuera de sí, andaban las gentes por las calles y plazas a carrera, todos, sin distinción de sexo o estado, huyendo hacia diferentes partes, conforme les parecía poder librarse mejor del peligro que les amenazaba: unos corrían como locos hacia la eminencia de los cerros y montes vecinos, juzgando que el ruido se formaba en la llanura; al contrario, otros huían la vecindad y cercanía de los cerros, acogiéndose presurosos al llano, por parecerles que de la altura les venía todo el daño. Los del barrio de Las Nieves corrían a buscar refugio en lo principal de la ciudad, y los de la ciudad, huyendo de ella, se retiraban a Las Nieves, y últimamente, encontrándose unos con otros de huída, ninguno encontraba el refugio y consuelo que pretendía, pues donde juzgaban hallarle, advertían que la confusión de las gentes era mayor, la turbación de los ánimos más extraña, y el temor de todo viviente más crecido, y preguntando unos a otros por si sabían el origen del caso, tan insólito y formidable, nadie daba razón, porque todos ignoraban la causa, y a ninguno dejaba lugar el miedo y sobresalto para poder responder.
>
> No aumentaba poco la aflicción y desconsuelo grande que el caso traía consigo, el continuo y triste alarido que se escuchaba por las calles de niños y mujeres, que con la debilidad de la edad y del sexo tienen menos ánimo para hacer rostro a los peligros, y se acogen más fácilmente a las lágrimas; a esto se juntaban los incesantes y formidables aullidos de los perros que, conjurados todos cuantos había en la ciudad, parece que lloraban y sentían a su modo la calamidad y ruina de los hombres; todo lo cual, junto con los clamores lúgubres y piadosos de las campanas, que a una rompían entre los sonidos tristes del aire, componían una noche tremenda y horrorosa de juicio. Y, a la verdad, si de esto puede haber remedio alguno en esta vida, que baste a darnos especie de lo que será aquel día último de los tiempos, uno fue, y muy al vivo, el de esta lamentable noche, según el temor, confusión, sobresalto y otras circunstancias que concurrieron en ella[7].

Por su parte, el simpático cronista Caballero dice:

> A 9 de marzo de 1687, estando la noche serena, buena y sin alteración ninguna, como a las diez de la noche comenzó un extraño ruido en la tierra, en el aire o en el cielo —que al fin no se supo dónde fue—, el que duró cerca de media hora, de suerte que no quedó persona despierta ni dormida que no lo sintiese. Al primer golpe dudaron; al segundo, temieron, y al tercero, se aterraron de tal modo, que salieron todos de sus casas como estaban, desnudos o vestidos, y corrían sin saber para dónde, pidiendo misericordia. Nadie sabía a dónde iba ni a dónde estaba;

los de un barrio iban a otro, y los de aquél a éste, y así se atropellaban unos a otros en esa hora, y se abrieron todas las iglesias y se expuso el Santísimo Sacramento.

En esta confusión nadie sabía a qué atribuirlo: unos decían que era el demonio que disparaba una gran batería, pero esto era nada, pues el ruido, según se sintió, era más recio que el estallido de un cañón de 36; y como era continuo, los del campo les parecía que iban ya volando por el aire. En fin, cosa terrible y espantosa. Quedaron todas las gentes como atontadas, pues se preguntaban unas a otras lo sucedido, y nadie acertaba a dar una razón. El ruido les duró en los oídos por mucho tiempo, y el terror pánico que concibieron fue tal, que a cualquier ruidito que oyesen se levantaban dando tantos gritos y alaridos, que ponían en consternación a todo un barrio o parroquia. El ruido no se puede figurar, por haber sido una cosa muy extraña y fuera de los límites de la naturaleza. El trueno más grande de un rayo sería nada en su comparación, y esto, seguido por espacio de media hora, fue lo que aturdió y quedaron todos como dementes[8].

Hasta el Presidente Cabrera y Dávalos salió de su letargo, y dejando el Palacio, reunió numerosa comitiva y recorrió las calles de San Agustín y Santa Bárbara, porque la opinión general más común era que enemigos sangrientos, al son de caja de guerra y disparando mosquetes, bombardas y piezas de artillería, ocupaban las orillas del Fucha.

Pasó el ruido dejando impresiones inolvidables y la idea entre las gentes vulgares de que el olor de azufre que se había percibido era causado por diablos que cruzaban por los aires; los colonos de mejor juicio y más sano criterio no atribuyeron el olor azufre a Satanás y a su corte, y todos supieron, meses después, que en la misma noche del ruido, terremotos repetidos habían conmovido las tierras del Ecuador y del Perú. Desde entonces, cuando entre nosotros se quiere ponderar la antigüedad de alguna cosa, se dice: «eso es del tiempo del ruido».

El venado de oro

Habitaba entonces en la ciudad un rico comerciante, don Pedro Domínguez Lugo, oriundo de España, quien viudo hacía algunos años, fincaba su ventura en hacer la dicha de la única hija que tenía, la cual, a más de ser muy bella, era modelo de virtudes y había negado su solicitada mano a muchos pretendientes, por no abandonar a su anciano y cariñoso padre.

No pasó mucho tiempo sin que Barreto y doña Inés de Domínguez tuvieran ocasión de conocerse y de tratarse, y como era natural, pronto se escribieron cartas de amor y tuvieron citas nocturnas, no obstante la vigilancia de don Pedro, quien, con el alma adolorida, le hizo saber a su hija

que desaprobaba la preferencia y el cariño que le había consagrado a un aventurero de insanas costumbres y de hogar desconocido.

Nada valieron las instancias de Domínguez en el enamorado corazón de doña Inés, y entonces, pegado por la ira, atacó a don Diego, estando los dos armados de sendas espadas, en el momento en que el galán cubierto por las sombras de la noche, se acercaba a la ventana en que lo esperaba la enamorada doña Inés. En el lance el airado padre quedó gravemente herido, a pocos pasos de su morada y a la vista de la apasionada doncella.

Barreto huyó, persuadido de que había dado muerte al acaudalado comerciante, y buscó *El Boquerón*, al oriente y en las afueras de la ciudad, como lugar de refugio. La oscuridad, que era profunda, una lluvia torrencial que se desató e hizo crecer excepcionalmente el riachuelo San Francisco, y el hallarse entre abruptas peñas, en donde no había sendero, fueron causas que lo obligaron a detenerse en una gruta donde se favorecía del agua y del peligro de morir despeñado.

La noche se parecía entonces a la escena descrita por el poeta Rafael María Baralt:

Súbito el estampido
del trueno horrizonante se desata,
y el intenso bramido
de la tormenta al aire se dilata;
rompe el rayo las nubes: piedra y fuego
con él caminan, y en su furia ciego
campos incendia y montes arrebata.

Allí pasó la noche don Diego meditando en lo que haría para no dejarse aprehender de las autoridades coloniales. Con la primera claridad del día se preparaba don Diego a abandonar su asilo, cuando vio brillar, en el fondo oscuro de la gruta, algo que lo deslumbró por el momento.

Avanzó unos pocos pasos, y se encontró con una pesada masa de metal; pasada la ofuscación que la oscuridad causa en los primeros momentos después de contemplar la luz, paulatinamente sus ojos vieron más en la semioscuridad de la gruta adonde no entraba más claridad sino la de tenues rayos que se filtraban al través del tupido matorral; entonces pudo contemplar un venado, de tamaño natural, toscamente fabricado en oro macizo; don Diego no daba crédito a lo que sus ojos veían; por un momento se creyó víctima de un sueño y que todo lo que le había sucedido desde la noche anterior no era más sino una ardiente pesadilla; pronto, sin embargo, tornó a la realidad y se convenció de lo cierto y efectivo que era aquello que

contemplaba. Entonces vino a su memoria el haber oído referir que en el sitio de recreo de los Zipas, Teusaquillo, en cuyo lugar se fundó a Santafé, existía un santuario en donde los indios adoraban un enorme venado de oro, y que cuando la invasión de los conquistadores, los indios, por orden del Zipa, lo escondieron a toda prisa, sin que hasta entonces se hubiera vuelto a saber de su paradero[9].

Don Diego, que no podía volver a la ciudad, mutiló la cornamenta del venado, ayudándose de su espada y de gruesos guijarros, «y se dispuso a poner señales precisas para que, cuando volviera, le fuese imposible equivocar el sitio. En primer lugar, tapó con piedras la estrecha entrada de la cueva, arrancó algunas plantas parásitas y líquenes de los que se desarrollan en aquellos sitios, y los colocó en las junturas para que echando raíces simularan la espontánea vegetación de la naturaleza y fuera imposible a otra persona descubrir la gruta que encerraba su tesoro. Concluido su trabajo, miró hacia la ciudad y tiró la visual en línea recta; su mirada encontró el aldabón de la puerta principal de la iglesia de La Veracruz; con esto ya tenía la señal para orientarse; luego, queriendo dejar aún otra seña más precisa, clavó su espada al frente de la entrada de la gruta», y abandonó aquel sitio, seguro de volver a encontrarlo.

Don Pedro sanó de su herida y continuó con fruto sus operaciones comerciales, pero no volvió a tratar a doña Inés con las atenciones que antes le prodigaba.

Después de cuatro años don Diego volvió ocultamente a la ciudad, creyendo que el tiempo transcurrido era suficiente para el olvido de su trágica aventura. Luego que hubo llegado, confió a un íntimo amigo, con toda franqueza, el secreto de su amor y fortuna, y los dos marcharon sin dilación a las faldas de Monserrate por el mismo camino que en memorable noche había recorrido don Diego cuatro años antes, en busca del venado de oro. La casualidad los hizo pasar por las puertas de la casa de don Pedro, donde estaba éste de pie en el ancho zaguán. Reconoció don Pedro al punto a su enemigo, agitándose en su corazón los viejos recuerdos de odios y venganzas, y el ofendido padre se lanza sobre el enamorado, con puñal en la mano, el cual le clava en el pecho a don Diego, que cae en brazos de su amigo, ya hecho cadáver.

Al poco tiempo falleció don Pedro en estrecha prisión, y doña Inés, sola en el mundo, buscó asilo en los claustros del monasterio de Santa Clara.

Esta leyenda se conservó como tradición en Santafé por mucho tiempo, y no faltaron cándidos que ignorando la historia de los chibchas, buscaban desde el atrio de la antigua Veracruz, con mirada ansiosa, el lugar donde debía encontrarse la cueva que guardaba el venado de oro.

El jeroglífico de Caldas

Se ha atribuido a Caldas el acto de pintar un jeroglífico en la escalera del Colegio del Rosario, en el momento de marchar para el patíbulo. Se le ha dado tinte de veracidad, conservando en la misma escalera histórica una grande O, partida por una línea, signo a que se ha dado la traducción de «¡Oh larga y negra partida!». Sobre esta bella tradición se inspiró el artista bogotano Alberto Urdaneta para crear, en cuadro al óleo, una de sus mejores obras, que guarda el Museo Nacional.

Un historiador colombiano, José María Quijano Otero atribuyó, desde 1872, en un artículo histórico, *Nuestros mártires*, la paternidad del simbólico jeroglífico al prócer Joaquín Camacho, fusilado el 31 de agosto de 1816.

Más tarde, en 1886, la brillante pluma de Antonio José Restrepo hizo notar en *La Nación* número 115, en carta dirigida al artista Urdaneta, que en las *Oeuvres de Francois Rabelais* se anota que, en la antigua Atenas, los Jueces del Areópago, en los juicios criminales, usaban el mismo signo como condenación a muerte; una T para los enjuiciados que eran absueltos, y una A como señal de ampliación. El anotador de dicha obra, Louis Barré, dice que el primero de estos signos vale por *Theta* o *Thanatos*, que significa «muerte»[10].

Por el mismo tiempo otro colombiano, José Ramón Vargas, citando al mismo Rabelais, hizo conocer estas palabras:

> En el antiguo Atenas se valían de ciertas notas para anunciar al público la sentencia que recayera sobre los juzgados, y el signo O denunciaba que habían sido condenados a la pena capital. Este signo vale por *theta*, de *thanatos*, muerte. Y T, de *tande*, *talerio*, absolución.

La monja perseguida

El día 3 se hallaba el Libertador en la ciudad de Tunja, y allí supo que en el monasterio de Santa Clara de la capital era vejada una desgraciada monja, que se hallaba «sepultada en calabozos, cargada de cadenas y prisiones, desde la época anterior a la República». El delito que merecía tan graves penas era la violación de la clausura, para implorar protección del Gobierno y evitar las persecuciones por parte de las superioras. Conocido el hecho por el doctor Nicolás Cuervo, Provisor y Gobernador del Arzobispado, es decir, Arzobispo en sede vacante, fue amparada la religiosa. No creía Bolívar que el templo de la virtud, del candor y de la inocencia, encubriera tamañas arbitrariedades, ni aceptaba que la violación de la clausura fuera delito capital; ni convenía en que hubiera en el Estado otra autoridad que la ley, ni otros tribunales que los reconocidos legalmente. Para Bolívar, los colombianos todos debían tener la protección del Gobierno, en un país que se gloriaba de ser católico, y debía protegerse la inocencia y la libertad civil, y evitar tales desmanes. Obedeciendo a estas ideas exhortó al doctor Cuervo para que hiciera formal visita en todos los monasterios de la ciudad, y para que pusiera en libertad a la monja perseguida y a cualquiera otra que se hallara en caso similar. Conminaba al Provisor para el caso de que su autoridad no protegiera a las religiosas, con la advertencia de que el Gobierno lo haría directamente, hasta usando de la fuerza en caso necesario. La carta oficial para el Provisor la envió Bolívar abierta al Vicepresidente, para que hiciera efectiva la protección de las religiosas como miembros de la sociedad[11].

Notas

[6] José Cassani, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada*.

[7] Juan Rivero, *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare*, p. 271.

[8] J. M. Caballero, *Patria Boba*, p. 80.

[9] De *El Correo Nacional*, año VII, n° 1745, de 14 de noviembre de 1896, hemos tomado en extracto y reproducido en parte la crónica intitulada *El venado de oro*, publicada allí anónima.

[10] N. García Samudio, *Nuevos Apuntes sobre Caldas*. *Cultura*, número VIII, Bogotá, 1915.

[11] Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*, XVIII, pp. 50, 121.

Cuadros capitalinos

El acueducto de Aguanueva

La ciudad de Bogotá debe al Virrey Solís una obra útil: el acueducto de la Aguanueva, único que surtió por mucho tiempo a la vieja Santafé[12]. Entonces se construyó dicho acueducto, tomando las aguas del río San Francisco en el sitio llamado *El Boquerón*. A la vez que se construyó el caño para conducir las aguas, se embelleció la ciudad con el paseo de la Aguanueva, rival de el del Pincio en Roma y germen del actual Paseo Bolívar.

A propósito de la inauguración de esta útil obra higiénica, repetimos unas palabras del simpático diario de Vargas Jurado:

> Día de señor San Fernando, Rey y Patrono de España, miércoles 30 de mayo de este año de 1747, corrió el agua nueva a la pila de la plaza mayor, traída del Boquerón, a el fomento del Excelentísimo señor Virrey de este Reino, don Joseph Solís y Folch de Cardona (que Dios guarde), y Su Excelencia subió a verla echar, por la tarde, con todos los señores Ministros, Contadores y otros caballeros y mucho gentío. Y llevó por diversión un enano y un mono, que le regalaron a Su Excelencia.

Un epigrama a la reina

A fines de diciembre de 1758 vino *Gaceta* con la muerte de la Reina María Teresa, hermana del Rey José I de Portugal y esposa de Fernando VI desde 1729. La Reina, en su testamento cedió a la Compañía de Jesús $100 y declaró heredero de $20.000,000 a su hermano José I. Circuló entonces en Santafé, al ver tan inaudita desproporción en el reparto, el siguiente epigrama anónimo:

> *Reina que nunca fue lerda*
> *Y llena de presunciones,*
> *Dio a Portugal los doblones*
> *Y a España le dio la...*[13].

Los frailes y los locos

El Virrey tuvo la generosidad de ordenar que se llevase una abundante comida a los locos que entonces ocupaban un departamento bajo en el Hospital de San Juan de Dios. Poco tiempo después el Virrey visitó el manicomio, y habiendo preguntado a uno de los dementes si habían comido bien, le respondió: “Señor Virrey, asevero a Vuestra Excelencia que los frailes comieron cierto día como locos, y nosotros comimos como frailes»[14].

Vulgaridades

Mutis, con criterio elevado y con el especial hábito de observación que desenvuelve el estudio de la medicina, cita en su diario varios hechos que él llama *vulgaridades*, que prevalecían en todas las clases sociales; recuerda que a los europeos que llegaban a Santafé se les decía se guardasen de humedecerse los pies, pues se creía que el germen de todas las enfermedades era semejante descuido; anota que a los niños desde el día de su nacimiento hasta los siete años los bañaban de noche en agua Iría, por creer que esta práctica los desarrollaba sanos y robustos.

> Otra vulgaridad, dice Mutis, no menos extendida, es que el sereno causa muchísimo daño, y que lo más fuerte de dicho sereno es desde las cinco hasta las ocho de la noche. Tampoco alcanzo estas físicas[15].

Indica además que creían en la Colonia que se rompían las muelas adoloridas aplicándoles raíz de *verbena* machacada con sal, al aplicar la masa caliente a la caries dental.

Dice Mutis:

> Ofrecióse hablar de salamanquesas, y a esta sazón refirió doña Josefa Rocha, que la picada o mordedura de este animal era mortal en Mompós, donde ella lo había observado en un negro. Añadió que si la salamanquesa bebía agua primero que el mordido, vivía aquélla, muriendo éste; pero que si el hombre lograba beber primero que la salamanquesa después de la picada, se libertaba, muriéndose ésta. Noticia muy semejante a las muchas del país, y que merecen un eterno desprecio.

Oyendo opiniones de la alta clase social sobre los secretos que poseían los negros de los valles calientes para preservarse de los daños de animales, venenosos, afirmó don José Rocha que en eso había pacto con el diablo.

> Hallándome en otro congreso, oí contar que el excremento humano era remedio eficaz para extinguir los cotos[16]. Que el agua de arboloco, encerrada en sus canutos, era también muy eficaz. Dudo de la verdad de estas relaciones, pues si fuera cierto, no habría tantos cotos.

La viruela en Santafé

La viruela había afligido a los habitantes de Santafé en los años de 1566 y 1587. También en 1701 se desarrolló el flagelo por tercera vez, y con tanta intensidad, que llegó a hacer siete mil víctimas, según refieren los cronistas.

Luego, en 1782 y 83, el exantema contagioso se presentó una vez más. Pero ahora tuvo el Gobierno como auxiliares para desarrollar medidas de profilaxis, al sabio Mutis y al médico Antonio Froes, quienes aislaron los enfermos y propagaron con prudencia la inoculación de la misma viruela, único sistema científico conocido en esa época, y que venía de remota antigüedad, pues desde tiempos muy lejanos era usado en la China y en la India. A más del aislamiento, única medida verdaderamente científica, los galenos de la época aplicaban la siguiente terapéutica empírica, que se publicó, y que consistía en cortar el pelo, tisanas nitradas, abrigo, media dieta, gargarismo de vinagre, unciones con aceite, purgantes de maná y sen, y por último, abrir las pústulas cuando estaban en su completo desarrollo.

Puede recordarse para aquella epidemia de viruela en Santafé lo escrito por un abate italiano, en el mismo año, quien consigna esta opinión:

> No se puede ponderar cuán funesta es en América esta enfermedad. Cuando el contagio se enciende en un pueblo, le acarrea casi la desolación y ruina. Refiriéndome un misionero, que habiéndose visto en un lugar antes que padeciese este azote, y volviendo por allí seis meses después, halló que las viruelas habían hecho en él tal estrago, que apenas restaba alma viviente[17].

Oigamos de dos cronistas santafereños las apreciaciones que hicieron sobre la epidemia que estudiamos.

Dice Caballero:

> 1783. Este año fue la peste grande de viruelas, donde murieron sobre cinco mil personas.

Dice Juan Ramírez:

> El día 23 de enero de 83 salió Nuestra Señora de Las Nieves de la iglesia mayor a rogativa por las viruelas y peste; estuvo hasta el día 26, y vino hasta Santo Domingo, y el día 29 vino a San Francisco; en todas estas iglesias todos los días dijo la misa el señor Arzobispo Virrey Góngora, y aquí se le hizo la novena de noche, con sus pláticas[18].

Los curanderos y la comadre Melchora

Un ilustre profesor de medicina contemporáneo observa que los curanderos asaltaban la medicina en esos tiempos, como en épocas posteriores lo han hecho muchos Generales sin despacho, es decir, sin las graduaciones de ordenanza. Y él mismo recuerda que don José María Upegui, llamado *don Chepe*, en Antioquia, «extraía muelas, extirpaba tumores y amputaba brazos y piernas con una serenidad y arrojo dignos de mayor competencia científica»[19].

Un poeta festivo de la Montaña, don Francisco Mejía, cantó así el saber de *don Chepe*, en versos que pueden aplicarse a los méritos de Rota:

Fabio se ha metido a médico
Por hacerle vuelta al hambre,
Y a los enfermos que coge
Les corta el vital estambre.

Sepan las autoridades
Que éste es un negocio serio:
O atajar el paso a Fabio
O agrandar el cementerio.

(…)

Cambios en las modas

En los primeros años del siglo XIX dejaron los colonos de agobiarse la cabeza con varias onzas de polvos blancos; dejaron de campear los chalecos de raso de color, que cubrían no solamente el vientre sino la parte anterior

de los muslos; las largas casacas color de grana, galoneadas, cuyas faldas bajaban a veces hasta cerca del talón; el pantalón corto, la media de seda, los zapatos con plateadas hebillas, los sombreros al tres y los espadines de la aristocracia, fueron quedando rezagados. El peinado de las señoras disminuyó su excesiva altura; y los aros de ballena que ahuecaban la ropa, como en los tiempos de Luis XIV, fueron suprimidos. En aquellos años ya se hacía un camisón —dice un contemporáneo— «con cuatro varas de zaraza; por consiguiente quedaba tan ajustado al cuerpo, que mostraba toda la configuración de la persona». Se pusieron de moda las levitas y levitones, zapatos y botas de charol; muchos dejaron la peluca y se cubrieron la cabeza con sombreros de copa alta, blancos o negros. Hubo refractarios que conservaron la capa de grana, el zapato con hebilla de oro, el chaleco largo y bordado, la casaca de amplia falda y el pantalón corto, con media de seda, que hacía lucir el perfil de la pierna robusta. Sería curioso ver esa pintoresca mezcla de vestidos, en que confluían los de dos épocas, como barajados andaban los cerebros portadores de ideas, igualmente de dos épocas, que se tocaban, y eran, sin embargo, diametralmente opuestas.

Recordaremos también que los hombres se afeitaban el bigote, moda nacida en Inglaterra, y que usaban patillas cortas.

Complementan estos datos unas líneas de la correspondencia de don Camilo Torres, en aquellos días. Decía a don Santiago Arroyo, a Popayán:

> No me mande usted dinero: a Caldas le acaban de enviar de allá dos sombreritos limeños, uno blanco o cenizo, y otro negro, que le han costado a doce pesos. Remítame usted otros dos iguales, aunque sea en un cajoncito, por el correo, y aunque cuesten algo más; pero que las alitas de atrás y de adelante sean un poco fuertes y que no se doblen. Aquí no vienen ahora sino unos de felpa, con armazones de aro, tan duros y tan incómodos que no se pueden sufrir...
>
> ...Advirtiendo también a usted que aquí las señoras y aun la gente de medio pelo, están ya usando mantillas de paño delgado azul, inglés, que es mucho más decente[20].

Baile y modas

Pocos días después se celebró en la capital un suntuoso baile, en donde Bolívar llenó, como era natural, el puesto más brillante. Las damas concurrieron a la fiesta con peinados altos y vestidos de *tisú y brocado*.

Dice un cronista que algunas damas «se cortaban el pelo y se levantaban la ropa hasta cerca de la rodilla». Los hombres llevaban zapatos, medias de

seda y hebillas de oro; calzón con charretera, también de oro, y corbatín con rico broche.

ODONTOLOGÍA

EN EL MES DE ENERO DE 1888 fundaron los doctores Guillermo Vargas Paredes, Alejandro Salcedo y Nicolás Rocha C. el Colegio Dental de Bogotá, primero y único establecimiento de su clase en Colombia, que con acierto dirige el doctor Vargas Paredes. Está montado sobre las mismas bases de los que existen de su clase en Baltimore y Nueva York, y vive del esfuerzo particular. Allí se dan completas enseñanzas de Odontología a numerosos alumnos; ya muchos de ellos, hábiles cirujanos, que reemplazarán a los flebotomistas *sacamuelas* heredados de la colonia, que vivieron *practicando* hasta hace pocos años, y que reemplazarán, con ventajas para el país, a los dentistas extranjeros.

Notas

[12] Se llamó desde entonces Aguavieja el acueducto del río Fucha, que un derrumbe originado por el terremoto de 1805 lo cubrió por completo, en las faldas del cerro de La Peña.

[13] Por respeto a los lectores suprimimos aquí la palabra que Víctor Hugo usó en *Los Miserables* en boca de Cambronne.

[14] Carlos Benedetti, *Historia de Colombia*, p. 131.

[15] A. Federico Gredilla, *Biografía de José Celestino Mutis*, etc. Madrid, 1911, p. 488.

[16] En América sinónimo de *paperas*.

[17] Juan Nuix, *Reflexiones Imparciales*, Madrid, 1782, p. 81. Dujardin Beaumetz, *Lecciones de Clínica Terapéutica*, A. Federico Gredilla, *Biografía de J. C. Mutis*, p. 70, 77. Martial Hublé, *Précis de la Vaccine*. Luis Carlos Neira, *La viruela en Bogotá* (tesis, 1912).

[18] J. M. Caballero, lib. cit., p. 93. Juan Ramírez, *Memorias liber Boletín de Historia*, VII, p. 23.

[19] Manuel Uribe Ángel, *La Medicina en Antioquia*.

[20] *Repertorio Colombiano*, XVIII, *Cartas de Camilo Torres*.

HECHOS DEL MÁS ALLÁ

LA HOSTIA INCORRUPTA

[ESTA ES] UNA CONSEJA que no por falsa deja de pintar la admirable candidez de la vida colonial. Fue tomada por el inocente santafereño que la suscribe, de expediente que se guarda en el archivo del Arzobispado:

> En el mes de septiembre de 1764, siendo Provisor el señor doctor don Nicolás Javier de Barasorda y Larrazábal, a pedimento del Padre Diego de Moya, jesuíta, Rector del Colegio de Las Nieves de esta capital, se actuó una información de diez testigos, por ante el Notario Solanilla, de la cual se deduce el siguiente suceso. En una de las casas del barrio de Las Nieves, contigua al Hospicio o Colegio Noviciado, que entonces era de los jesuítas, donde vivían Simón de Torres y María Páez Celi Zambrano, se habían sentido repetidas veces espantos, y entre otros, el de un penitente que entrando a una sala de la casa se azotaba delante de un crucifijo que allí había.
>
> Observábanse también luces extraordinarias sobre la casa, y los que pasaban por la calle sentían por allí, muchas veces, que en el silencio de la noche a lo lejos se oía cantar el himno *Pange lingua*, como si llevasen a Nuestro Amo a algún enfermo, lo cual principalmente fue notorio en unos sujetos que se juntaban a jugar en una casa frontera a la de Torres, de manera que algunas veces sacaron la luz a las ventanas, quedando pasmados no encontrando en la calle ninguna cosa.
>
> Por fin hacia los años de 1685 o 90 advirtieron los de la familia Torres que el crucifijo y otras dos imágenes que tenía a los lados, sudaban copiosamente, repitiéndose por muchos días tan raro efecto, hasta que por el mes de diciembre de 1688, al parecer, que según depuso un testigo, fue año de un eclipse solar notable, sucedió que estando acostado Salvador de Torres, hijo de los arriba dichos, sintió como que le decían: «¡Levanta, y saca ese tesoro!». Él despertó, miró una grande luz en un ángulo de la sala, y lleno de osadía tomó un cortaplumas y levantando un ladrillo excavó la tierra. Halló luego unos papeles blancos; los desplegó, y encontró el *verdadero tesoro de amor*: ¡una hostia incorrupta y entera!
>
> Asombrado de la novedad, sin tocarla, llamó a sus padres, hermanos y otros de la casa, los cuales convinieron en que se diese parte en el instante al Padre José Suárez, entonces Rector del Colegio que hoy se llama Hospicio. Vino el jesuíta, y persuadiéndose que la hostia estaba consagrada, la puso en un *piscis*, guardándola en la iglesia del citado Hospicio. Allí permaneció todo el tiempo que pasó desde este suceso hasta el año de 1744, en que se actuó la información de donde se sacó este extracto. Los testigos fueron de la misma casa: 1º, el Padre José Torres, de San Juan de Dios, hijo de los dichos Simón Torres y María Páez; 2º, Bernardo Torres, su hermano; 3º, Micaela Torres, nieta del Simón; 4º, María Torres, hija del mismo; 5º, Antonia Torres, hija ídem; 6º, Juliana, ídem; 7º, el doctor don Juan de Alea, Chantre; 8º, el doctor don

Lorenzo de Alea, presbítero; 9º, don Pedro Andrés Calvo de la Riva, Maestro de Ceremonias; 10º, Mateo Pesellín.

Del mismo expediente consta que el sello de la hostia era de curiosa estructura y que no se encontró en las Indias iglesia alguna que lo usase; que sobre esto indagó el Tribunal de Inquisición en aquel tiempo, en cuyo archivo ha de hallarse auténtica la cosa. También consta que el infame deicida (si se puede llamar así), fue un tal Mateo Vicencio, el que viendo las cosas en un estado muy crítico, se marchó, sin saberse más de él. También consta que en los años de 73 y 74 los tres penúltimos testigos vieron la hostia y hallaron ser la misma y permanecer incorrupta.

Leyenda de don Ángel Ley

La siguiente curiosa crónica de aquellos tiempos, que debimos a la pluma del distinguido literato bogotano, doctor Próspero Pereira Gamba [...], la creemos digna de conservarse, aunque no tiene apoyo histórico, como lo veremos, terminada su lectura:

Con el Virrey Ezpeleta vino a España el Capitán don Ángel Ley y Marqueti, joven de gallarda estatura, rubio, ojos azules, esmerado porte marcial, galante y enamorado en demasía. Ya en Zaragoza, por amorosos celos y cuestiones de puntillo militar, había tenido un encuentro con varios de sus camaradas, a quienes venció con la ayuda de su amigo y subordinado don Diego Alfonso de Guzmán. Por esta causa, y quizá por otras, su familia obtuvo del Rey Carlos IV que lo destinase de Capitán de dragones al Nuevo Reino de Granada, adonde se trasladó con Ezpeleta. Poco después vino de Cádiz un hermano menor de don Ángel, que fue fraile de Santo Domingo y Rector de la Universidad de Santo Tomás de Aquino, con buena fama. Don Ángel, poco tiempo después de residir en Santafé, se prendó de doña Luisa Sandoval, cuya familia la tenía destinada para esposa de don Pablo Aramburo y Zea. Ella, sin embargo, correspondió al amor de aquel mancebo, a pesar de mil obstáculos, y lo esperaba al pie de su reja en altas horas de la noche, hasta que los sorprendió don Fernando Sandoval, hermano de Luisa, quien trabó riña con don Ángel, en la que fue vencido y humillado don Fernando.

En adelante la separación de los amantes fue más completa, pues la doncella quedó reclusa en su casa y muy vigilada hasta el día señalado para su próximo forzado matrimonio. Entonces Ley se propuso hacerla suya por medio de un rapto que combinó con Guzmán, y, reunidos en un salón bajo del palacio del Virrey, después de cenar y beber sin medida, forzaron la guardia, hiriendo a un centinela. Al salir a la inmediata Plaza Mayor se descargó lluvia torrencial y tempestad formidable, de modo que a poco andar hacia la Calle Real, don Ángel tomó por un lado y Guzmán por otro, por la confusión que les habían causado la bebida y la tormenta. Ley, ofuscado, atónito y confundido, marchaba a la ventura cuando, a la luz de un relámpago, vio una joven lindísima que le suplicó que le acompañara a su casa, situada en la calle del Panteón de Las Nieves. Siguieron juntos y entraron a un lujoso salón, en el fondo del cual había un lecho magnífico. En la cabecera de éste colgó el Capitán su espada mientras galanteaba ardorosamente a la desconocida beldad. Allí pernoctó, y al día siguiente, que era la revista, no pudo presentarse por haber olvidado su espada, quizá voluntariamente, en la calle del Panteón. Llegada la tarde se encaminó a la casa misteriosa de la víspera, y oyó con sorpresa la noticia que le daban los vecinos de que dicha casa estaba desocupada hacía tiempo. Ya de noche, cumpliendo

recomendación de su amiga de la víspera, abrió, pues ésta le había dado llave, y vio el salón convertido en cementerio, los muebles en fragmentos de cajas mortuorias y de piedras tumulares, y la cama en ataúd, y cerca del féretro su espada, atada con un cordón o cinto de hábito de fraile franciscano usados entonces para amortajar los cadáveres. Ángel salió aterrado de la casa, y al llegar a la antigua plaza de San Francisco, topó con una procesión fúnebre que iba a depositar el cadáver de doña Luisa en el inmediato templo. Allí cayó desmayado, y al otro día, 23 de octubre de 1796, devolvió al Virrey su despacho de Capitán, arregló sus intereses y entró de religioso en la recoleta de San Diego.

Don Ángel Ley había nacido en 1773, entró de religioso a los veinticinco años, sirvió en el claustro cuarenta y dos y murió, con fama de santidad, el 27 de mayo de 1838, después de haber sido catedrático de Filosofía y Teología en el Colegio de San Buenaventura y Guardián del convento de San Diego. Yo estuve en el entierro, y vi que muchas personas piadosas cortaron pedazos de hábito, de cordón y aun de cabello para reliquias.

En 1846 escribió el doctor Pereira Gamba la leyenda que intituló *Don Ángel Ley*, tan popular en aquel tiempo, que se agotaron dos ediciones. Míster Allan Burton la tradujo al inglés y la hizo conocer en los Estados Unidos de América, donde mereció encomios. También la consignó M. Eduardo André, viajero francés, en su libro *Viaje a la América equinoccial*, desfigurándola.

En el mismo año de 1846 apareció en *El Día*, periódico muy leído en Bogotá, la misma leyenda con las iniciales J. M. T. En su forma literaria es inferior a la de la hábil pluma de Pereira Gamba; varía algunos episodios, y da como fecha de lo acontecido el año de 1795.

Don Eduardo Posada juzga con acierto que en las tradiciones hay siempre algún fondo de verdad, desfigurado por la imaginación popular; y cree que, despojada de los caracteres fantásticos, la crónica de don Ángel Ley es bastante verosímil[21].

Cara de perro, el resucitado y Pecado Mortal

En los antiguos planos de Bogotá, hasta el publicado en 1848, se llamó *Calle de Cara de Perro* a una callejuela excéntrica, que no tuvo cabida en la numeración de la actual nomenclatura, y a la cual se da hoy el nombre de Calle de Girardot. Comunica las carreras 4ª y 5ª, entre las calles 15 y 16. Aún subsiste, entre el bajo pueblo, el curioso nombre colonial, cuya etimología no tuvo por origen el perro de Fausto, que fue la primera

encarnación de Mefistófeles de Goethe, con el cual tenía las similitudes de pertenecer a la leyenda y de ser un perro negro el protagonista de ella. Cuenta la tradición que en la calle a que nos referimos aparecía antiguamente, en altas horas de la noche, un perro negro y sin cabeza. Por esos tiempos aún se admitía, entre gentes civilizadas de los países europeos, la existencia de ciertos hombres que tenían cola y carecían de cabeza. Un autor moderno, refiriéndose a estas extrañas creencias, escribía en 1870: «Los sabios daban descripciones, los jesuítas pretendían haber convertido hombres con cola en Filipinas, y el misionero Lifitan enseñaba el retrato de un hombre sin cabeza sobre la fe de noticias recogidas en América»[22]. Y cuenta el autor de *Las viceversas de Bogotá* que un hijo de John Bull al enterarse de la tradición santafereña, exclamó: «¡En Bogotá salen por las calles animales con cara de perro, pero sin cabeza!»... El poema de Fausto, rico en romances populares y en himnos religiosos, en los cuales Goethe recorrió todos los tonos de la poesía, desde los más sencillos hasta los más sublimes en inspiración, dejó por puertas al perro negro con cara pero sin cabeza, de la sencilla Santafé, a pesar de sus misteriosos caracteres.

Otra crónica curiosa, que aún estaba viva en 1810, se refiere al Hospicio de Capuchinos. Murió un menestral en el Hospital de San Juan de Dios, y conducido al cementerio, en horas en que entraba la noche, los sepultureros se apresuraron a enterrarlo en la fosa de los pobres. En ese momento una lluvia torrencial los obligó a ponerse bajo cubierta. El supuesto muerto era simplemente un cataléptico, y la acción del agua fría que le azotaba el rostro, hizo que volviese en sí. Levantóse asustado, y dando gritos, envuelto en su mortaja blanca, corrió fuera del cementerio. Los sepultureros, ignorantes y supersticiosos, desaparecieron despavoridos, de la escena. *El Resucitado* —como se le llamó desde entonces— cruzó parte del camellón de Occidente, donde hemos visto que estaba situado el cementerio colonial, la Alameda Vieja y llegó a las puertas del convento de capuchinos. El lego portero no quiso abrir a tan extraño fantasma, y alborotó los silenciosos claustros. Agrupados los frailes, le dieron entrada, y el honrado menestral, quien sin duda creía de buena fe que había resucitado, para dar gracias al Ser Supremo solicitó con ahínco el hábito de la Orden. Luego de pasar su noviciado en el convento del Socorro, vivió en Santafé como ejemplar religioso, hasta edad muy avanzada, en que la muerte real lo llevó al cementerio del convento[23]. En esta vez, siguiendo los aforismos de

Hipócrates, el viejo fraile había tenido «las orejas frías, diáfanas y contraídas», los que según el padre de la medicina eran signos mortales[24].

No estaba sujeto al toque de queda cierto viejo que desde lejanos tiempos cruzaba las calles de Santafé, en altas horas de la noche, llevando en la mano una linterna de luz mortecina y haciendo sonar con golpes acompasados y monótonos una campanilla. Se llamaba *El Pecado Mortal*, y para los tiempos que describimos actuaba en este oficio con larga capa y sombrero chambergo; era de elevada estatura, y con voz hueca y cavernosa pedía limosna para hacer bien a los que estaban en pecado mortal. Este personaje, muy conocido en las viejas crónicas, era el terror de los muchachos, y cada noche llenaba el bolsillo con las monedas que la caridad santafereña le arrojaba, con el ingenuo deseo de procurar alivio a los enfermos del alma.

Notas

[21] *Boletín de Historia*, VI, p. 753. *El Día*, 1846, p. 103.

[22] M. Jaborowski, *L'homme préhistorique*, p. 111.

[23] J. Caicedo Rojas, *Los amantes de Usaquén*, E. Posada, *Narraciones*, p. 227.

[24] Hipócrates, *Aforismos*, sección VIII, p. 14.

EDUCACIÓN

LA MALA EDUCACIÓN

UN TESTIGO OCULAR de la deplorable educación que se dio en los colegios coloniales hasta fines del siglo XVIII, nos refiere que los textos en su mayor parte contenían errores, que se vendían palabras por conocimientos, y falsas doctrinas por dogmas; nos cuenta que no se enseñaba gramática castellana sino latina; que en las aulas de lógica se aprendía a porfiar más bien que a raciocinar; que se aprendían sutilezas y distinciones que no encerraban la verdad; que se propagaba el absurdo de las ideas innatas y que no entraban en el programa de educación la esgrima, la equitación, la danza, la natación, la música y el dibujo. Y agrega:

> Allí, bajo la férula de un preceptor adusto, sólo apto para hacer del discípulo un hipócrita y un embustero, y bajo castigos corporales, bastantes para quitar a la juventud toda idea de sonrojo y de dignidad, junto con la sensibilidad del dolor físico, consumía ella la más preciosa parte de su tiempo fugaz, en aprender una multitud de cosas inútiles, o cuestiones frívolas[25].

Por lo expuesto se ve que la educación pública en las colonias americanas estuvo en la época anterior a la que tratamos, en la más lamentable situación, pues para el pueblo no existía, y para las clases elevadas era deficiente[26].

«LA LETRA CON SANGRE DENTRA»

Sea este el lugar de recordar el nombre de José María Dávila, hijo de Bogotá, quien fue el primero que en esos atrasados tiempos abrió escuela primaria, de carácter privado, al mismo tiempo que él era discípulo del Colegio de San Bartolomé. El señor Dávila fue después prócer distinguido de la Independencia[27].

Describiendo estas escuelas, su atraso y su pobreza, dice un literato colombiano:

> Sobre la silla del maestro había un trofeo compuesto de una enorme coroza de estera, adornada con plumas de pavo (vulgo, pisco); un rejo de seis ramales, dos férulas y un letrero escrito con grandes letras rojas, que decía:
>
> *La letra con sangre dentra*
> *Y la labor con dolor*[28].

Otro conocido escritor, que alcanzó a conocer aquellos tiempos, refiere que las señoras hacían sus cuentas, que eran bien pocas, con granos de maíz, y que si alguna sabía escribir, lo hacía sin ortografía, sirviéndose de plumas del reino animal, porque las de metal eran desconocidas, y refiriéndose a las escuelas de niñas, de los tiempos de Ezpeleta, dice:

> Mucho sería que alguna vieja de jubón, polleras de añascote y gafas montadas en la punta de la nariz, hiciese un tímido ensayo, o como informe borrador de escuela, con una docena de niñas de las casas vecinas, y con voz gangosa les enseñase las primeras letras de la cartilla, mostrándoselas con un largo puntero de oro o de tumbaga, o con un largo esparto arrancado a la escoba que estaba detrás de la puerta de la sala[29].

Es lo cierto que los criollos de estos países, de costumbres medioevales, no lograron el beneficio de la educación —siquiera rudimentaria— sino en cortísimo número, y eso los habitantes de las poblaciones. La gran masa rural permaneció absolutamente analfabeta.

Ezpeleta escribía en su *Relación de Mando*, refiriéndose a la fundación del Colegio de *La Enseñanza* [...] y a su fundadora, doña Clemencia Caicedo:

> A la piedad de una mujer ilustre por su nacimiento y todavía más, por sus loables sentimientos, se debe la fundación de la única casa de enseñanza de la juventud de su sexo que hay en esta capital y en todo el Reino.

Y recuerda que el Arzobispo Compañón protegió el instituto con mano liberal y dotó los maestros de escuela[30].

Pero repetimos que a pesar de todos estos encomiables esfuerzos de los Jefes del Estado y de la Iglesia, y de los hechos por Mutis, la ciencia no alumbraba sino cortísimo número de cerebros, y que la muchedumbre la miraba como cosa misteriosa, la que no disipaba su credulidad y su ignorancia.

Sobre el colegio

En 1824 por primera vez se presentaron certámenes en los colegios públicos de la ciudad, a los que asistían todos los alumnos matriculados en un curso; el año escolar principiaba en octubre, y duraba nueve meses, de manera que las vacaciones tenían lugar de julio en adelante, meses fríos en la Sabana, más propicios para alejarse de la ciudad que los de diciembre y enero, durante los cuales goza en ella del mejor tiempo del año.

Notas

[25] Juan García del Rio, *Ensayo sobre la historia de la civilización en el Continente americano y sus islas adyacentes*.

[26] Rafael María Baralt y Ramón Díaz, *Resumen de la historia de Venezuela,* p. 413.

[27] J. M. Vergara y Vergara, *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, 2ª edición, pp. 242, 245. J. M. Salazar, *Memoria biográfica de Cundinamarca*, *La Bagatela*, número 7, 1852.

[28] Ricardo Carrasquilla, *Lo que va de ayer a hoy*.

[29] José Caicedo Rojas, *Recuerdos y apuntamientos*.

[30] *Relaciones de mando*, pp. 331, 333.

La ciudad de antaño

Paseo al Salto de Tequendama

El 31 de julio de 1789 se encargó del mando supremo del Virreinato don José de Ezpeleta Galdeano, del Orden de San Juan, Mariscal de Campo de los Ejércitos Reales, quien acababa de gobernar a Cuba, donde fundó un cementerio y el alumbrado público. Ezpeleta tenía distinguidas condiciones personales; prestaba apoyo a las letras y a las bellas artes, y fomentaba las reuniones de buena sociedad. Llegó a Santafé acompañado de su esposa, doña María de la Paz Enrile, que se distinguía por su belleza y por sus virtudes. Estas condiciones hicieron que estos Virreyes fueran sinceramente estimados por los colonos.

Ezpeleta admiró la belleza de la Sabana de Bogotá, y manifestó vivísimos deseos de conocer el Salto de Tequendama. Pasadas las fiestas de la ceremonia de la recepción del Virrey, que tuvieron lugar el 1o de agosto del mismo año, organizó Ezpeleta un paseo a la célebre cascada, al cual invitó a las más distinguidas familias santafereñas. Cedemos la pluma al distinguido escritor de costumbres don José Manuel Groot, por ser un cuadro vívido de los usos de la época:

> Convidó Ezpeleta a todos sus amigos, y la Virreina a todas sus amigas de más confianza. Tomáronse, por disposición del Virrey, todas las medidas necesarias para facilitar inconvenientes a los convidados, de manera que no pudieran oponer dificultades para excusarse. Como por lo regular uno de esos inconvenientes consiste en las cabalgaduras, pidió a varios hacendados que le facilitasen los mejores caballos de silla que tuvieran para las señoras, y todos se esmeraron en mandarle los mejores, sin interés alguno, los cuales se empotreraron en el ejido de la caballería. El Mayordomo del Virrey pasó aviso a todos los convidados con una boleta para que los que necesitasen caballos mandaran por ellos a la caballería. Enviáronse comisionados al pueblo de Soacha para preparar casas, armar toldos de campaña y una grande enramada en la plaza, cubierta de toldos y adornada interiormente con colchas de damasco, para poner allí la gran mesa donde debían comer todos los del paseo.
>
> El día de la partida parecía que se ponía en marcha un grande ejército. La vanguardia de esta alegre expedición había marchado desde por la mañana, presidida por los reposteros y cocineros, algunos de ellos esclavos que el Virrey había traído de La Habana. Con éstos iba el tren de cocina y de repostería, más una cargazón de rancho, botijas de vino puro como el que se

tomaba entonces; frasqueras de diversos licores; damasanas de aloja y horchatas; los jamones, los pavos y, en fin, cuanto se acostumbraba en aquellas sustanciosas comidas a la española antigua, en que se consultaba más el gusto del paladar que el de la vista, cuando los gastrónomos no habían lanzado anatema contra la caspiroleta y el arequipe para sustituirlos con torres y castillos de pasta francesa con monos y banderillas, en que es más lo que hay que escupir que lo que hay que comer.

Los músicos de la Corona, dirigidos por Carricarte, iban en la gran comparsa, que salió de Santafé a las cuatro de la tarde, con un tiempo bellísimo. Marchaban en diversos grupos, según las relaciones que había entre los de la comitiva. Las señoras en sillones de terciopelo chapeados de plata, con sombreros cubanos y pañuelos en la cara para no quemarse, porque entonces no había galápagos ni paragüitas. Los caballeros y galanes iban en sillas, bridas chapeadas de plata, con gualdrapas y pistoleras del mismo género con bordados, galones y flecos, unos de plata y otros de oro, cuyas tapafundas han venido en nuestros tiempos a servir de palios en los altares, suerte mucho más afortunada que la de los espadines, que han venido a servir de asadores en las cocinas. Los jaquimones y frenos, cubiertos de estoperoles de plata, agobiaban las cabezas de los crinudos aguilillas. Los caballeros graves, padres de familia, iban en sus sillas orejonas, con pellón y ruanas pastusas, quirivillos y sombreros de hule verde. A lo último iba la guardia de caballería del Virrey y una runfla de pajes.

En el grupo de los Virreyes, que por supuesto era el de gente más distinguida, iba un personaje, quizá el más interesante para el caso, aunque de ruana y alpargatas. Era *Pachito Cuervo*, célebre por su genio y ocurrencias, que, cual otro Sancho Panza al lado de la Duquesa de la partida de caza, iba junto a la linda Virreina contándole cuentos y aventuras ocurridas en semejantes paseos... Tire aquí el lector la rienda al caballo y aguarden ahí los del Paseo, mientras damos noticia individual de este sujeto.

Era Pachito Cuervo un hombre plebeyo, pero dotado de talento particular para hacer pegaduras, contar cuentos y divertir a la gente. Su humor siempre alegre, sus ocurrencias chistosas, su habilidad en remedar y dar chascos, lo hacían necesario en todos los paseos, fiestas y diversiones. Era casado con una mujer de su clase, formalota y trabajadora, que mantenía la casa, porque Pachito Cuervo no pensaba sino en divertirse. No había fiestas donde no estuviera, ni paseo donde no fuera convidado. Muchas veces se largaba a las chirreaderas de los pueblos sin decirle nada a su mujer, y no volvía hasta después de quince o más días, lo que le costaba sus buenas pestes, que él sabía conjurar con alguna chuscada, con que hacía reír a la mujer. Entró un día visita, y ella lo mandó a traer candela para encender tabaco. Pachito Cuervo salió y se largó a unas fiestas del campo, de donde volvió a los ocho días soplando un tizón de candela, que le presentó a la mujer para que encendiera tabaco a la visita. Tenía gran facilidad para fingir diferentes voces a un tiempo, figurando camorras y bullicios, con lo cual se divertía por las noches poniendo en movimiento a la ronda, haciéndola correr de una parte a otra, sin más que ponerse a hacer un alboroto a la vuelta de una esquina, y cuando tanteaba que venía, pasaba disimulado, y entonces la bulla empezaba por otra parte, adonde volvía el Alcalde con sus alguaciles para hallarse otra vez sin nada. Pero la ocurrencia más graciosa que tuvo fue ésta: informado Ezpeleta del genio de este hombre, a quien los grandes acariciaban por gozar de sus chistes, mandó a llamarlo, diciéndole que deseaba conocerlo. Pachito Cuervo vino a la hora que se le citaba, y el Virrey lo recibió con mucho agasajo, procurando inspirarle confianza. Mandó luego a un paje que lo llevase a la recámara de la Virreina para que lo conociera. La señora, con su genial bondad, conversó con él sobre varias cosas relativas al país, de que deseaba informarse.

Al despedirse, la señora le dijo que le llevara a su mujer, porque deseaba conocerla. Cuervo se excusó diciendo que era una tapia de sorda y que no quería proporcionar a Su Excelencia la molestia de hablarle a gritos. La Virreina insistió en que se la llevara, y Pachito Cuervo convino

en ello con cierto aire de repugnancia, y se despidió con mil retóricas cortesías, hasta el día siguiente en que ofreció volver con su mujer.

Luego que llegó a su casa, dijo a ésta que la Virreina estaba empeñada en conocerla, y que tenían que ir al otro día a palacio; pero que la Virreina era sorda, y que había que hablarle a gritos. Al día siguiente se fueron a la visita. El lacayo avisó a la señora Virreina, quien mandó que los introdujese a su recámara. Al entrar, la mujer de Cuervo saludó a la Virreina con gritos y cortesías, y la Virreina le contestaba lo mismo, figurándose que la misma sordera la hacía hablar recio. La otra, a su vez, creyó lo mismo de la Virreina, y sentadas ambas se gritaban a cual más, cuando oyendo Ezpeleta las voces salió apresurado, y entrando en la recámara, preguntó qué era aquello, a lo que le respondió doña María de la Paz: pues que la señora es sorda y hay que hablarle recio. Vuescencia es la sorda, que yo no lo soy, dijo la otra; y entonces todos largan la risa, y el Virrey más que nadie, conociendo el chasco y admirando la ocurrencia de Cuervo, que a todas estas se mantenía serio como un palo.

Ahora sí pique el lector y siga la alegre comitiva para Soacha.

Llegados a este pueblo cuando los últimos rayos del sol ocultos a la Sabana doraban los perfiles de Guadalupe y Monserrate, todo hombre echó pie a tierra; y aquí fueron los comedimientos y las cortesías para desmontar a las señoras; pero todo con aquel grado de franqueza que se adquiere en todo paseo de buen humor y en que los que presiden dan el ejemplo, como lo daban Ezpeleta y su señora. Por supuesto que allí nadie tenía que pensar en su caballo, porque casi todos eran ajenos, ni en que los indios les robaran los estribos, porque los lacayos del Virrey servían a las mil maravillas. Entrando en los alojamientos se siguieron los aliños femeniles, porque el baile en Soacha era parte integrante del paseo. Se bailó paspié y bolero con castañuelas, y hubo espléndida cena. Al otro día, después de desayunarse con chocolate y tostadas, siguieron para el Salto, donde estuvieron más de dos horas, y habiendo almorzado en el *Almorzadero*, volvieron a comer a Soacha. Aquí fueron las verdaderas bodas de Camacho. Al otro día visitaron la *Piedrancha*, sobre la cual se bailó el minuet, y regresaron a Santafé, adonde entraron con música por las calles, acompañando toda la comitiva al Virrey y Virreina hasta su palacio.

Chapinero de antaño

El pobre caserío de Chapinero, hoy ameno barrio de Bogotá, era en 1812 una miserable aldea, situada cinco kilómetros al norte de la vieja Santafé. Componíanla unas pocas casas cubiertas con paja, donde los santafereños hacían frecuentes paseos campestres. En aquel año don Ignacio Forero levantó una bonita capilla, para lo cual recogió limosnas. Allí se tributaba culto especial a la Virgen de Chiquinquirá. Fue esa capilla de pobre arquitectura, aunque cubierta con teja, y se construyó en área cedida por don Primo Groot para el oratorio de la Concepción. Ignacio Forero era hombre de escasos recursos y habitaba en la hacienda de *El Tintal*, en vecindario de Fontibón, dedicado a trabajos de agricultura. La musa popular fue autora en aquel tiempo del siguiente cuarteto que no carece de ironía:

Del Tintal a Chapinero,
De Chapinero al Tintal,
Pasa la vida Forero
Sin conseguir medio real.

A fines de enero de 1813 se hicieron pomposas procesiones al oratorio, y en junio de 1815 se construyó un nuevo edificio, destinado para capilla de Chapinero, que aún existe y que nos muestra la infeliz arquitectura de aquellos tiempos.

Sobre Bogotá

Por el mismo tiempo otro oficial inglés, cuyo nombre se ignora, escribió una interesante relación de viaje que intituló: *Campaigns and Cruizes in Venezuela and New Grenada and in the Pacific Ocean, from 1817 to 1830*, etc., etc.[31]. De esta relación tomamos algunos apartes, que pintan bien las costumbres y condiciones de la capital en los albores de la República:

> Las damas de Bogotá parecen muy vivas y tienen un trato muy agradable. Son de corta estatura, y sus formas son tan delicadas como elegantes. Más que las otras mujeres de la América del Sur, tienen parecido con las andaluzas. La frescura del clima les permite hacer más ejercicio que lo que se acostumbra en las grandes poblaciones; y esta circunstancia da a su tez una lozanía que es raro encontrar en las otras provincias de este país.

Refiere el oficial que las señoras se levantan muy temprano, y van acompañadas de sus esclavas al mercado, que se celebra en la plaza principal, frente al Palacio de Gobierno, en donde se encuentran con profusión productos de distintos climas. Observó que en Monserrate (en el viejo convento) vivían algunos frailes en profunda soledad, y que el viajero que escala la montaña, queda indemnizado de la fatiga por la grandiosa vista que se descubre en esta cumbre y en la de Guadalupe. Cuenta que el jardín que rodea la Quinta de Bolívar tiene profusión de flores, que lo riegan aguas de las montañas, y que esa casa servía de retiro al Libertador cuando los asuntos de Estado le permitían algún respiro.

> Las casas particulares de Bogotá están en general bien construidas; no tiene la mayor parte más que un piso que se alza sobre el patio, en el que hay, según costumbre árabe, fuentes y naranjos. Introducida en España, no es raro que tal costumbre se propagara a la América del Sur. Al pie de cada escalera, que es siempre muy ancha, se encuentra la gigantesca efigie de San Cristóbal haciendo pasar el Mar Rojo al Niño Jesús, y llevando en su mano una palmera a guisa de bastón.

Narra el inglés que algunos de los habitantes se destinan a recibir visitas y que a cualquiera hora del día se ofrecen chocolate y dulces a los visitantes, con agua helada y perfumes que se queman en el brasero; que en la calle real, la principal, que va desde la plaza mayor hasta el puente de San Francisco, se encontraban las mejores tiendas y arquerías muy frecuentadas en la estación lluviosa.

> Cada calle está generalmente destinada a un oficio particular, lo cual no impide que las tiendas sean muy sombrías y pequeñas. Las que se encuentran en la calle de Los Plateros, que conduce al puente de los capuchinos, se distinguen entre todas por su pequeña apariencia y suciedad... Los conventos y monasterios de Bogotá son numerosos y están ricamente alhajados. El de San Francisco merece especial mención, a causa de los muchos cuadros valiosos que cubren los muros de los corredores...
>
> Todas las noches, durante la semana de pasión, circulan por las calles, a la luz de las antorchas, procesiones de carácter muy imponente y singular. Pasan primeramente, estatuas de tamaño natural, que representan a nuestro Salvador y sus discípulos, a la Virgen María y a sus ángeles. Vienen después Poncio Pilatos, los judíos y los soldados romanos, todos convenientemente vestidos y llevados sobre plataformas móviles[32].

LAS PRIMERAS CARRERAS DE CABALLOS EN BOGOTÁ

TAMBIÉN EL AÑO DE 1825 residía en Bogotá numerosa y respetable colonia inglesa, formada por oficiales de la Legión Británica e Irlandesa, beneméritos y generosos servidores de la patria en la guerra de la Independencia. Ellos promovieron y llevaron a efecto las primeras carreras de caballos que hubo en Bogotá, con el patriótico fin de festejar los aniversarios de las grandes batallas de la guerra de emancipación. Preparado el hipódromo en la llanura de *La Floresta*, al occidente de la ciudad se reunió en él varias tardes de aquel año numerosísima concurrencia, ávida de gozar de la nueva diversión. Allí se trasladaba en su mayor parte a pie, pues no había en la ciudad vehículos de ruedas, y aunque hubieran existido no se hubieran podido aprovechar, pues el mal empedrado de las calles no permitía transitar sino a los peatones[33].

FERROCARRIL Y ALUMBRADO ELÉCTRICO

[En 1890] se inauguró el ferrocarril del norte, que parte hoy del extremo occidental de la calle 23 y termina poco adelante del barrio de Chapinero; empresa civilizadora que apenas principia su vida y que tiene en servicio una locomotora de primera calidad, llamada *Carlos Holguín*, y un carro de ínfima clase.

A mediados de 1890 otra compañía, de la cual hacían parte don Pedro Nel y don Tulio Ospina, don Camilo A. y don Gonzalo Carrizosa, y don Rafael Espinosa Guzmán, y de la cual es Superintendente don Gregorio Pérez, instaló en Bogotá el alumbrado eléctrico, el más perfecto de los conocidos al presente, en un sencillo edificio de la carrera 13, contiguo al Puente Núñez. Se montaron cuatro máquinas dinamoeléctricas, del sistema Thomson-Houston, cada una de ellas productora de electricidad suficiente para alimentar hasta 27 focos de arco de 2.000 bujías de intensidad cada uno. Bogotá estaba hasta entonces deficientemente alumbrada con lámparas de petróleo colocadas en sus vías principales, y por algunos picos de gas, que a ellos llegaba por tubos de madera, hoy reemplazados en gran parte por caños de hierro. Al presente el alumbrado público es suficiente y hace olvidar a los viejos santafereños que en las noches oscuras y tenebrosas de los meses lluviosos tenían que proveerse de un farol y de una vela de sebo para transitar por las desiertas y mal pavimentadas calles de la capital de la gran Colombia.

Chapinero

Por Acuerdo municipal de fecha 17 de diciembre de 1885 se dispuso que se llamara *barrio de Chapinero* al caserío del mismo nombre, situado a cinco kilómetros al norte de la ciudad; disposición acertada, pues con aquella aldea ha sucedido lo que con las poblaciones pequeñas inmediatas a las grandes ciudades, que vienen a formar parte de ellas, aumentando su riqueza y extensión, a la manera que los ríos caudalosos acrecen sus aguas con las de los arroyos y riachuelos que encuentran a su paso.

Refiere la tradición que poco tiempo después de fundada la ciudad de Santafé, vino a establecerse a ella un zapatero gaditano, el cual casó con la hija de un rico aborigen natural de Usaquén, quien poseía una estancia de pan llevar en el sitio que hoy ocupa Chapinero. Él fabricaba *chapines*,

calzado formado por suela de madera y cintas de cuero, que se sujetaba al pie y servía para preservarse de la humedad y del lodo. Como al que hace zapatos se le llama zapatero, al que hacía *chapines* lo denominaban *chapinero*, y tal es la etimología probable del nombre de este barrio de la ciudad[34].

Andando los tiempos, los terrenos del suegro del zapatero vinieron a ser haciendas de las familias Carbonell y Groot. Don José M. Carbonell, benemérito servidor de la patria el 20 de julio de 1810, víctima de los expedicionarios seis años después, cedió el terreno para que se fundase el caserío, y don Primo Groot (…) donó en 1812 a don Ignacio Forero el área para construir la capilla de la Concepción y formar una plaza, lo que efectuó el señor Forero.

Hasta 1875 Chapinero fue un miserable caserío; cuatro o cinco casas de teja, pertenecientes a las familias Gran, Orrantia, Mejía, Valencia, Diago, etc., eran los únicos edificios de algún valor que allí existían; de los dos caminos que lo unían con Bogotá (…) solamente era transitado el llamado carretera del norte; la vía que se mejoró en 1890, al pie de la serranía, había sido abandonada.

El Ilustrísimo Arzobispo don Vicente Arbeláez fundó y puso la primera piedra del templo góticomorisco de Nuestra Señora de Lourdes en Chapinero, el día 8 de diciembre de 1875, y encargó la dirección de la obra, aún inconclusa, al arquitecto don Julián Lombana, artista tan modesto como hábil, hijo de esta ciudad[35]. La basílica es de vastas proporciones; 60 metros de longitud, 30 de latitud y 25 de altura, y terminada será muy semejante a la de Lourdes de Francia.

Notas

[31] M. S. Sánchez, *Bibliografía Venezolanista*, p. 42. Este libro se publicó en francés, con retrato de Bolívar y mapa de Colombia, en París en 1837; y en castellano lo reprodujo don Rufino Blanco Fombona, en Madrid en 1916, en versión hecha por don Luis de Terán.

[32] De este libro habló la *Revue de Deux Mondes*, en febrero de 1832.

[33] La popular diversión de la Gran Bretaña se aclimató fácilmente en Bogotá.

[34] Este calzado, llamado *zuecos*, se usa en algunas poblaciones colombianas. El doctor Emigdio Paláu, en un artículo de periódico, publicado en *La Nación* en 1889, recuerda esta tradición y dice que el zapatero se llamaba Antón Hero Cepeda, soldado de Quesada, nombre que no figura en la lista de conquistadores que vinieron con el fundador de Bogotá. El señor Paláu recuerda que en España existe una villa que se llama Chapinería, de moderna fundación, por lo cual es improbable que de tal nombre se derive el de Chapinero.

[35] Los trabajos se principiaron el 1º de noviembre de 1875, día en el cual concurrieron a iniciarlos, gratuitamente, más de mil obreros. El señor Arbeláez consagró especial atención a esta obra, y con el fin de que presidiese los trabajos, formó una respetable junta, que ha sido renovada dos veces, la última por disposición del Arzobispo Paúl.

Historia

Las mujeres en la Revolución

Desde el anochecer caía una llovizna tenaz, fenómeno meteorológico muy común en ese mes en Santafé, lo que hizo calificar a un cronista aquella noche de «lúgubre y horrorosa». Continuaba el toque a rebato en todas las torres y espadañas. Simultáneamente aparecieron en los enrejados y desiguales ventanas y en los pesados balcones, numerosas luces. Los dueños de las casas humildes colgaron de sus dinteles faroles y linternas de vidrio o forrados en papel, que abrigaban la moribunda luz de velas de sebo. Coadyuvaron a reemplazar la falta de alumbrado público las casas patricias, donde quemaban bujías de cera blanca y velas de esperma de ballena en fanales de cristal o en doradas cornucopias.

Dieron vida, perfumes y colorido al cuadro las matronas y las bellas mujeres bogotanas, quienes olvidaron la severa y fría educación y se mostraron en aquel proscenio animosas, bizarras y resueltas. «Las señoras habían tomado partido, y armadas algunas con chafarotes y otras con un buen par de pistolas», complementaban la interesante escena. Las hijas de la clase media y las del pueblo llevaban armas blancas y acopio de piedras del arroyo, y rodeaban el grupo principal.

Las mujeres americanas acompañaron en el drama revolucionario, desde sus principios, a los actores civiles y a los que después fueron famosos guerreros. En elogio de ellas escribió el bogotano Ricardo Becerra:

> Y obtuvieron la palma de la victoria yendo hasta el cadalso las colombianas; al destierro o peregrinación tras de los ejércitos independientes, no ya como la *impedimenta* de los romanos, sino como sobrehumano estímulo al valor, las de Venezuela; aceptando la miseria, la expatriación y aun la muerte, las de Quito y Lima, las de Chile y Buenos Aires. Todas se mostraron dignas de engendrar hombres libres y de libar en la copa de la vida con compañeros sobre cuyas almas sólo el amor pudiese echar cadenas.

Una mujer, Manuela Beltrán, con entereza de ánimo rara en su sexo, ya había gritado, en 1781, en la ciudad del Socorro: «¡Muera el mal Gobierno! ¡Viva la Libertad!». (…) Doña Manuela Santamaría de Manrique, ilustre

dama bogotana, merece figurar en puesto de honor en la historia de las mujeres que sirvieron a la Independencia.

En las variadas escenas del 20 de julio, que tuvieron por teatro las plazas y calles de la ciudad, matronas y señoritas, despreciando prerrogativas de vanidad social, fomentaron el alzamiento contra el Gobierno español. Las señoras Eusebia Caicedo, Carmen Rodríguez, Josefa Lizarralde, Andrea Ricaurte, María Acuña, Joaquina Olaya, Melchora Nieto, Juana Robledo, Gabriela Barriga, Josefa Baraya, Petronila Lozano, Josefa Ballén y Petronila Nava, fueron los Capitanes de la insurrección mujeril.

Algunas de esas damas *—femina nobilis—* ilustres revolucionarias abrigaban rosadas auroras, amores y sueños de ventura, que el drama sangriento de la revolución hizo fugaces a veces y que otras tornó en prematuros duelos de viudas; idilios y afectos que las páginas en que se rememoran esos días trágicos, han hecho inmortales.

Hasta el frío corazón del bibliotecario Rodríguez se entusiasma al referir que mujeres de toda clase, y condición, viejas y jóvenes, amenazaban a los soldados aquel día.

Las mujeres de la plebe, llamadas entre nosotros *revendedoras*, y en la Madre Patria, *verduleras*, fueron las que manifestaron más encarnizamiento contra los nativos de España. Entre ellas se distinguió una, cuyo nombre dejaron perder las crónicas, que tomando de la mano a su hijo lo bendijo al decirle: «Ve a morir con los hombres; nosotras mujeres marcharemos adelante; presentemos nuestros pechos al cañón; que la metralla descarne sobre nosotras; y los hombres que nos siguen y a quienes hemos salvado de la primer descarga, pasen sobre nuestros cadáveres; que se apoderen de la artillería y libren la Patria!».

Las monjas, en el tranquilo retiro de sus monasterios, dejaron las celdas, y agrupadas y temblorosas, oyendo el rugido de los tumultos populares, dirigían sus miradas húmedas hacia el altar; y todas, en sencillo pero imponente concierto, rogaban a la Divinidad porque sus padres y hermanos alcanzaran éxito feliz.

Boceto y retrato de Morillo

CONTABA MORILLO AL LLEGAR A SANTAFÉ treinta y ocho años de edad. Era de estatura mediana y fuerte; su porte militar era correcto, y su fisonomía, de subido color moreno, tenía expresión dura. Sus ojos eran negros, de mirada penetrante, y estaban cubiertos por amplias cejas del mismo color. Usaba el pelo cortado al rape: lo llevó largo y encrespado cuando fue título de España; y por delante de sus orejas grandes corría una media patilla, al uso de la época. Su nariz era poco levantada; la boca no grande, y la barba prominente. Usaba bigote negro, separado completamente de la patilla: lo afeitó más tarde. Su aspecto general no era desagradable, pero no inspiraba simpatías; su voz era bronca y sus modales poco distinguidos; en todo era hombre de cuartel.

Algunos historiadores y biógrafos peninsulares están acordes en pintar al *Pacificador* como benévolo, distinguido y militar de altísimos méritos. Nosotros vamos a consignar aquí opiniones divergentes de las de los españoles, las que por la respetabilidad de sus autores merecen fe y establecen la verdad de los hechos. Los dos criterios se explican fácilmente.

El General Bartolomé Mitre, argentino, concede a Morillo la condición del mejor General que tenía entonces España; aunque no cree que fuera un genio militar, opina que fue un buen peleador, popular entre los soldados, firme en el mando y tenaz en sus empresas:

> En lo moral era un hombre imperioso y frío, cruel por sistema más que por inclinación, con arranques espontáneos de franqueza y aun de generosidad intermitente, pero desconfiado y sujeto a accesos de ira que lo ponían fuera de sí[36].

El chileno Diego Barros Arana refiere que estando Morillo en Mompós, a orillas del río Magdalena, en marcha para la capital, hizo ahorcar allí a varios patriotas, «llevando su furor hasta hacer decapitar el cadáver del Teniente Coronel don Fernando Carabaño...»[37].

Y hubo más: el mismo Pacificador escribió en documento que se conserva: «se colocó la cabeza de Fernando Carabaño en un palo»[38].

El clásico historiador venezolano Rafael María Baralt, entusiasta admirador de España, ha escrito:

> Morillo era duro y cruel por sistema más que por inclinación... Había hallado apenas resistencia en la Nueva Granada. Pero aunque posesionado de ella a poca costa, tratóla como tierra ganada palmo a palmo, en guerra desastrada o no, tratóla como trataría un amo cruel la gavilla de sus siervos sublevada. Morales y Boves hubieran indistintamente degollado, saqueado; pero él, más exquisito en su crueldad, mató sólo cuanto era ilustre por el saber, el valor o la virtud, violando para ello la amnistía concedida por sus Tenientes[39].

Otro venezolano, prócer de la Independencia, General *insurgente*, pasó los años de su edad provecta en compilar documentos para la historia de la revolución. Él da este concepto filosófico sobre Morillo:

> Modelo en el arte de exaltar el patriotismo, ha hecho más por la libertad que si obrara deliberadamente con el designio de hacerla triunfar[40].

Don José Gil Fortoul, historiador contemporáneo, de Venezuela, trae la siguiente opinión sobre el General en Jefe de Costafirme:

> Morillo sigue a Bogotá y comete barbaridades sin cuento, comenzando por fusilar a más de seiscientos americanos, entre ellos al ilustre repúblico Camilo Torres y al sabio naturalista Francisco José de Caldas[41].

Historiadores extranjeros de distintas nacionalidades, razas y opiniones políticas, también han sentado conceptos desfavorables sobre la conducta cruel de Morillo en América.

César Cantó dice, no con toda exactitud:

> Este hábil General usó de una ferocidad sin ejemplo en los tiempos modernos. Escribía a Fernando VII: «Es preciso para subyugar estas Provincias emplear los mismos medios que en la primera conquista»; y dice en un despacho del mes de julio de 1816, fechado en Bogotá, haber declarado rebelde a todo el que sabía leer y escribir: en su consecuencia, seiscientos notables de aquella ciudad fueron sentenciados a expirar en la horca en un estado completo de desnudez[42].

Un irlandés, reputado historiador, al referir la llegada de Morillo y Latorre a Bogotá, escribió:

> La política que observó el Pacificador después de sometida la Nueva Granada, merece la condenación de todos los partidos, pues fue no sólo errada, sino en extremo cruel... Se derramó entonces la sangre más generosa de los hijos más ilustres de la Nueva Granada... La conducta de Morillo en Santafé hizo más daño a la causa realista que la derrota más desastrosa[43].

Un ciudadano de la República de Washington decía en 1826, cuando vivían aún los testigos del drama:

> Los americanos de Costafirme son los que habían de formar la caricatura de este Sargento, Teniente General, que los robó, que los mató, que los diezmó, que los tiranizó, que los envileció y que los insultó de todas las maneras que pudo[44].

Con la concisión propia de las enciclopedias se consignan en ellas ideas homogéneas a las expuestas sobre Morillo. En el *Diccionario Universal* del

francés M. N. Bouillet, se lee: «Entró (Morillo) a Santafé donde se señaló por sus rigores y su despotismo».

En el *Diccionario Enciclopédico* por el francés Luis Gregoire se encuentran estas palabras sobre Morillo: «Se hizo odioso por las crueldades que cometió en Santafé de Bogotá en 1816». La popular Enciclopedia conocida con el nombre de *Larousse*, dice: «Inculto y feroz empezó Morillo por hacer fusilar a infinidad de personas, entre ellas a Torres, Montúfar y el sabio Caldas». Acordes con todos los anteriores conceptos, eminentes españoles han escrito con alta imparcialidad las líneas que vamos a citar. El preclaro don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Historia de la Poesía Lírica en Colombia*, al referirse a la generación científica que formó en el Virreinato el gaditano eximio don José Celestino Mutis, escribió: «El más ilustre de todos ellos, don Francisco José de Caldas, víctima nunca bastantemente deplorada de la ignorante ferocidad de un soldado a quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus Provincias ultramarinas».

El orador de fama mundial, Emilio Castelar, hablando del año de 1816 y de la actuación de Morillo en Colombia, dijo: «Al abrirse la neroniana época restauradora, tan deshonrosa e infame para su gloria y su memoria, lanzó a los americanos en la desesperación, y trajo, remachando sus cadenas rotas, la causa ocasional de aquella revolución».

Campano y Manuel González de la Rosa opinan que Morillo «pasó a América con el nombre de Pacificador para ahogar en un mar de sangre a los que luchaban por la independencia de su patria, Colombia y Venezuela». Escritores colombianos unos, testigos presenciales de los hechos y actores del gran drama de la revolución otros, historiadores respetables y hombres de letras distinguidos, de diferentes escuelas literarias y filosóficas, unánimes condenan la conducta del Pacificador en los días sombríos de la reconquista[45].

Los alojados

De Norte a Sur y de Oriente a Occidente, la tierra colombiana estaba empapada en sangre de patriotas.

Los militares españoles adoptaron una política bárbara: aterrar por todas partes. Parecía que cada uno de ellos tuviera una venganza particular contra un americano. El luto cubría ya a casi todas las familias, y el llanto se oía en todas las casas: lloraban las madres, las esposas y los huérfanos; y tanta desolación era aumentada por la miseria que nacía de las confiscaciones.

Otro vejamen tuvieron que sufrir las familias patriotas, en aquellos aciagos días: se les imponía el gravamen forzoso de recibir en los hogares como huéspedes a los Jefes y Oficiales españoles, en calidad de *alojados*, con sus sirvientes y cabalgaduras, aumentando los cuidados y atenciones de las madres de familia y su miseria, porque ellos participaban del alimento que la viuda conseguía con su trabajo para los huérfanos. Aquellos tiranos habían perdido hasta el pundonor militar y la propia dignidad.

> El alojado venía a ser como dueño y cabeza de la casa en que se le daba hospitalidad. Fuera él comedido o considerado, como lo fueron algunos, el miedo de incurrir en su desgracia mantenía siempre cohibidos y sobresaltados a los que lo habían recibido; y ya que el militar no atormentase con exigencias, regaños y denuestos, el ansia de no dar motivo de queja a aquel que con una palabra podía hacer mirar como insurgente a su hospedador, mantenía a éste y a su familia en mortal desasosiego.
>
> Era lo común y ordinario que el alojado fuera perverso y desbocado, o a lo menos de modales groseros, que reputara a los de la casa como enemigos a quienes había que escarmentar y oprimir; que no agradeciera las solícitas atenciones de que era objeto, y antes bien, no reparara en ellas. El alojado llevaba consigo su caballo y su asistente. El caballo era una verdadera plaga en aquellas casas que eran estrechas y que carecían de caballeriza. El asistente, soldado inculto y acostumbrado a no respetar sino a quien pudiera hacerle correr baquetas, ejercía para con la servidumbre la tiranía con que su Jefe oprimía a los amos y señores[46].

A más de las molestias que proporcionaban los alojados en la vida de familia, también se exigían hilas y camas en todas las casas, con destino a los hospitales militares, sin dar lugar a disculpa o a réplica. Uno de los comisionados para pedir camas llegó a casa de la respetable viuda doña Juana Pardo, que acababa de perder a su esposo, el español don Francisco de Urquinaona, a quien las persecuciones habían convertido de realista en patriota. El Oficial español tocó a la puerta de la calle, que estaba cerrada, y la señora Pardo salió al balcón para atender a la demanda.

—Vengo a que usted me dé una cama para los hospitales, dijo el peninsular.

—No poseo más que la en que duermo; porque ya he dado las otras para el servicio del Rey.

—Pues me da usted aunque sea la cama de Cristo, replicó el sargentón.

—Sí, señor, voy a dársela a usted; y sacó una gran cruz de madera que tenía en su oratorio, y desde el balcón dijo al Oficial:

—Aquí la tiene usted, señor; si quiere suba por ella. El militar se torció los mostachos y se retiró riendo[47].

SE HICIERON LOS LOCOS

HAY NUMEROSOS EPISODIOS de ese gran drama que se llama *el tiempo del terror*, que merecen especial mención. El patriota don Pedro Groot, comprometido en la revolución, fue desterrado a Ibagué por los republicanos, como conspirador en 1815. En la sentencia se dijo que no se procedía contra Groot, porque había adolecido de la cabeza y tenía turbadas las potencias mentales. Los pacificadores lo redujeron a prisión, y él contaba con bastantes recomendaciones, por sus servicios a la República, para ocupar un patíbulo. Fuera real o simulada la enfermedad mental de este ciudadano, vino en camilla desde Ibagué hasta la capital. Los esculapios del Ejército español no tenían competencia para decidir el punto; tampoco se atrevió a resolverlo el Consejo de Guerra. A Groot se le notificó sentencia de muerte, estuvo en capilla, y tan fúnebre aparato no borró su indiferencia. Su esposa, doña Manuela Montenegro, coadyuvaba eficazmente a sostener el engaño. Cuatro años estuvo él en cama, y de ella no se levantó ni habló palabra, hasta después de entrar las fuerzas libertadoras en Bogotá, en 1819[48].

Otro patriota, Manuel José Castrillón, de Popayán, también aparentó demencia. El caudillo Francisco Warleta lo sujetó a privaciones y tormentos; hizo que le clavaran espinas entre las uñas y la carne; lo tuvo sin alimento varios días, y todo lo sufrió el infeliz sin dar señales de tener razón. También fue traído a Bogotá y sometido al Consejo de Guerra, donde obtuvo absolución. La simulación duró año y medio[49].

Don Agustín Domínguez, de Zipaquirá, también se fingió loco: aparentaba no entender sino que se le pedía empréstito y fingía la monomanía de no hablar sino la frase: «No se ajusta, no se ajusta». Si se salvó de la cuchilla inexorable; no sucedió lo mismo con sus bienes, que fueron confiscados[50]. Estos tres republicanos prefirieron la desgracia de

aparecer como locos, a la de ser juzgados como grandes criminales, por su amor a las ideas de la libertad.

El temblor

A las diez y media de la noche del 17 de junio (1826) terremoto hizo poner en pie a todos los que se habían recogido; cinco minutos después nuevo movimiento oscilatorio, tan violento que no permitía caminar, se sintió en la ciudad y la Sabana, y causó daños en los templos y casas particulares. «Mas no hubo desgracias en las personas por haber sido prevenidas con el primer movimiento. Toda la gente salió de las casas, porque nadie se creía seguro debajo de techado. Así fue que la plaza mayor y las plazuelas se vieron inundadas por el concurso de todos los habitantes de la ciudad, gran parte de ellos a medio vestir, y otros desnudos, envueltos en las cobijas de la cama. El terror era grande; por dondequiera se oía cantar el *Santo Dios*, y los pecadores ocurrían al Tribunal de la penitencia»[51]. Oigamos cómo refirió el cura de Engativá, don Manuel María Saiz, lo ocurrido en aquella memorable noche, después de consignar la fecha y decir que el terremoto duró minuto y medio:

> Se dañaron la mayor parte de los templos y conventos. La iglesia de Guadalupe cayó del todo, y la imagen de la Virgen fue conducida en procesión a la iglesia de La Enseñanza, donde permanece. La ermita de Monserrate quedó inútil por los graves daños que sufrió, y la imagen del Señor fue trasladada a San Francisco, después de haberle hecho una rogativa y misión en la plazuela de San Victorino, la que duró cerca de un mes. La ermita del Señor de Las Cruces corrió igual suerte, y el Señor se llevó a un hermoso toldo que la devoción de los Maderos le hizo en Fucha, en donde se celebró una misión por los Agustinos calzados, que duró treinta y ocho días. Después de esto fue trasladada a la iglesia de estos religiosos, mientras se concluye su capilla en el lugar que se tuvo la misión, para cuyo efecto se han recogido algunas limosnas.
>
> Esta iglesia de Engativá se cuarteó a la parte del coro una cosa de bastante consideración.
>
> Los conventos y mayor parte de las casas de la ciudad sufrieron graves daños, como que ha sido necesario descargar muchas, como son las casas de Cabildo, cárcel chica y otras de particulares. En el valle de Cáqueza no quedó iglesia sana, pues allí fueron más fuertes los movimientos[52].

Ruidos sordos se oían con frecuencia, y temblores más o menos fuertes se sentían con cortos intervalos, hasta el extremo de obligar a la población a buscar asilo en las pobres casas cubiertas de paja de las inmediaciones de la ciudad. Las oficinas, los colegios y los almacenes de comercio se cerraron

por algún tiempo, mientras duró la alarma; luego las necesidades apremiantes de la vida hicieron volver a la desierta ciudad a los fugitivos habitantes, con profundo dolor de los estudiantes y de las gentes amigas de jarana, que pasaban mejor la vida en el obligado paseo que en medio de la monotonía de la ciudad.

OTRO TEMBLOR

POR LA NOCHE, EN EL MISMO TEMPLO [la Capilla del Sagrario], en la acostumbrada plática, dijo el doctor Margallo a los hermanos de la Escuela de Cristo, que ese templo estaba profanado, y que él no volvería a entrar en él porque no quería quedar bajo sus ruinas. Diez y seis días después, a las seis y media de la tarde, estando reunidos los hermanos del Santísimo en la Capilla, un terremoto que conmovió la capital y gran parte del territorio de la República, derribó la cúpula del templo, que destruyó el hermoso sagrario de carey y tres magníficos cuadros de Vásquez. Ni los violentos terremotos de junio del año anterior y de 1743, de que hemos hablado, causaron tantos y tan graves daños como el de 1827. La oscuridad y la lluvia aumentaron la confusión de los aterrados habitantes, que abandonaron las casas para agruparse en las plazas y plazuelas. No pocos salieron de la ciudad, prefiriendo pasar largas horas a la intemperie a permanecer en las habitaciones. A la mañana siguiente se vio que casi no había edificio, que no hubiera sufrido, arruinándose algunos totalmente, entre ellos la antigua capilla de Las Cruces. Santo Domingo perdió su elegante cúpula, la que al presente se reconstruye. San Victorino quedó arruinado; la Catedral, San Francisco, San Juan de Dios y La Veracruz sufrieron daños considerables; el campanario de Santa Bárbara quedó en tan mal estado, que hubo necesidad de descargarlo, y la mayor parte de las casas particulares exigieron prontas y costosas reparaciones. Las iglesias de Cota, Engativá, Bojacá, Soacha y Facatativá quedaron en ruinas, y sufrió deterioros graves la de Fontibón, construida por los jesuítas. Cinco personas murieron en Bogotá, y el número de víctimas de la memorable catástrofe, causada por erupciones del Huila y del Puracé, alcanzó a 250 en la República. Los movimientos continuaron por muchos días, pero ninguno de

ellos causó daños en la ciudad, como sucedió en las Provincias del sur del país[53].

Notas

[36] Bartolomé Mitre, *Historia de Sanmartín*, III, p. 449.

[37] Diego Barros Arana, *Compendio de Historia de América*, p. 288.

[38] *Archivo Histórico*, *Historia*, vol. XX.

[39] R. M. Baralt y R. Díaz, lib. cit., II, pp. 292, 359.

[40] José Félix Blanco, *Documentos para la vida Pública del Libertador*, V, p. 394.

[41] J. Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*, I, p. 242.

[42] C. Cantú, *Historia Universal*, Traducción de don Antonio Ferrer del Río, XXXIII, p. 378. (Edición de Mellado, 1849).

[43] D. F. O'Leary, lib. cit., XVII, p. 327.

[44] C. Le Brun, *Retratos Políticos de la Revolución de España*, p. 254.

[45] Acordes con estas opiniones podríamos hacer numerosas inscripciones de autores apreciados; para no fatigar remitimos al lector a la página 741 del volumen X del *Boletín de Historia*, donde se encuentran numerosas opiniones, todas concordes sobre Morillo.

[46] José Manuel Marroquín, *Nada nuevo*, p. 180.

[47] José Manuel Groot, *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada*, III, p. 404.

[48] J. M. Groot, lib. cit., III, p. 413; E. Posada, *La mudez de don Pedro Groot*.

[49] J. M. Restrepo, *El Virrey Amar y su esposa*, I, p. 435; G. Arboleda, *Diccionario Biográfico del Cauca*, p. 31.

[50] L. Orjuela, *Tributos de Zipaquirá para la revolución de independencia*, I, p. 63.

[51] Groot, lib. cit.

[52] Rufino Gutiérrez y Ernesto Tirado, *Visitas del Prefecto General de la Policía*, p. 89.

[53] Noticias tomadas de las *Historias de Restrepo*, vol. IV, p. 64; Groot, vol. III, p. 485; Eladio Vergara, *El mudo. Secretos de Bogotá, por un bogotano*, p. 56; y de las *Visitas del Prefecto General de Policía*, lib. cit., pp. 89 y 90.